Ángel Herrera

Apóstol de la vida pública

La Asociación Católica de Propagandistas (ACdP), fundada en 1909, es una agrupación de seglares católicos con personalidad jurídica eclesiástica y civil, cuyo carisma se orienta al apostolado católico, formando e instando a sus miembros para que tomen parte activa en la vida pública y sirviendo de nexo de unión de los católicos. El propagandista antepone su compromiso cristiano y su afán de testimonio evangélico a cualesquiera otras consideraciones e intereses, adoptando actitudes inequívocas en favor de la verdad y la justicia y en defensa de la persona humana.

Asociación Católica de Propagandistas

Ángel Herrera
Apóstol de la vida pública

Pablo Sánchez Garrido

CEU | *Ediciones*

Este libro está impreso íntegramente en papel certificado FSC (papel extraido de explotaciones de bosques sostenibles). El uso de este papel refleja nuestro compromiso con el medio ambiente.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Ángel Herrera. Apóstol de la vida pública

Primera Edición (mayo 2019)
Segunda Edición (marzo 2020)

© 2019, de la edición, Pablo Sánchez Garrido
© 2019, de la edición, del prólogo, José Luis Gutierrez García
© 2019, de la edición, Fundación Universitaria San Pablo CEU

CEU *Ediciones*
Julián Romea 18, 28003 Madrid
Teléfono: 91 514 05 73, fax: 91 514 04 30
Correo electrónico: ceuediciones@ceu.es
www.ceuediciones.es

Maquetación y cubierta: Andrea Nieto Alonso (CEU *Ediciones*)

ISBN: 978-84-17385-38-5
Depósito legal: M-21668-2019

Imprime: Gráficas Vergara, S. A.
Impreso en España | Printed in Spain

Esta publicación forma parte del proyecto de investigación del Ministerio de Economía y Competitividad, «Los discursos geopolíticos...», con ref. HAR2015-68492-P, cuyo IP es J. C. Jiménez.

Índice

Prólogo 9

Introducción 11

1. Orígenes y juventud 17
2. Primeros pasos en el apostolado de la vida pública 25
3. Ángel Herrera: de la comunicación social a la preocupación cultural 29
4. Del compromiso social al bien común político 39
5. Al servicio de la unión y vertebración de los católicos: la Acción Católica 45
6. Ángel Herrera, sacerdote 49
7. Obispo en Málaga 61
8. Años finales: Cardenal en el Concilio, obispo emérito y *dies natalis* 77

Qué es la Asociación Católica de Propagandistas 91

Apéndice gráfico 99

Prólogo

Iniciativa oportuna y acertada realización de la misma la de esta nueva biografía de Ángel Herrera Oria, cuya sobresaliente personalidad queda perfectamente calificada con el subtítulo de «apóstol de la vida pública». Lo fue como seglar totalmente entregado al apostolado seglar y lo fue también, desde otra cima de la evangelización, como sacerdote, obispo y cardenal de la santa Iglesia.

Tras su muerte, cayó un curioso silencio, roto acertadamente por el anterior Arzobispo de Madrid, el ya emérito Cardenal Antonio Rouco Varela. Por eso hablo de oportunidad. El autor de la biografía, excelente conocedor de la figura recordada, ha sabido concentrar en pocas páginas una densa, compleja y ejemplar vida, unificada por la entrega continua, coherente y sacrificada al servicio de Dios, de la santa Iglesia, y de España. Quienes conocimos a don Ángel Herrera admirábamos y seguimos admirando lo incansable de su trabajo apostólico y la realidad, que él bien ocultaba, de la solidez de sus virtudes, es decir, de su santidad de vida. Nunca vivió para sí. Se consagró al servicio de los demás.

Hombre de profunda vida interior, de probado olvido de sí mismo, de su permanente práctica de la pobreza, unió la actividad, serena en él, de Marta, con el constante retiro interior del espíritu, retratado en su hermana María. «Nunca me cansaré, decía el entonces seglar Ángel Herrera, de recordar que la oración es absolutamente indispensable en nuestras obras; que acción sin oración puede ser perjudicial, y que el secreto de los éxitos está en la oración» (mayo de 1934).

Buena prueba de todo ello encontrará el lector en estas páginas. Huía, y nos enseñó a huir, de toda muestra de culto a la personalidad. Puso su mirada en el Señor, Jesús, y nos enseñó a vivir así. Fue uno de

los pocos seglares de su época que disfrutó del retiro de un mes entero de los ejercicios ignacianos. Podía decir con el salmista, que todas sus fuentes estaban en el Señor. El autor de esta biografía, Pablo Sánchez Garrido, ha tenido, entre otros, el acierto de que sea la elocuencia clara de los hechos la que defina la realidad de la consagración de Ángel Herrera a la evangelización.

He observado siempre, en este y en otros casos parecidos, la debida cautela de esperar el juicio de la competente autoridad eclesial. Y al mismo tiempo no he esquivado la manifestación, a la que como hijo de la Iglesia tengo no ya sólo el derecho, sino también el deber, de manifestar, que ya durante su vida y tras su fallecimiento, he considerado a Ángel Herrera Oria, seglar, sacerdote y obispo, persona santa, santo modelo de evangelización y santo obispo.

Fueron muchos los años en que tuve la gracia de trabajar con él. Y todavía le recuerdo en su última enfermedad trabajando desde su lecho, con la puerta de su habitación abierta a la pequeña capilla, en la que seguía mirando, admirando y amando al Señor de su vida, Jesús oculto, vivo y glorioso en el Sagrario, desde el cual su Dueño le llamó para pasar a la Vida.

José Luis Gutiérrez García

Introducción

Ángel Herrera Oria (1886-1968) es un modelo para la evangelización de nuestra sociedad moderna, algo muy necesario en una época en la que la vida pública europea y occidental se encuentra seriamente condicionada en su horizonte por términos como nihilismo, relativismo, pérdida de valores, crisis espiritual, descristianización... Un tiempo que sin duda alberga igualmente no pocos rayos de luz y de esperanza, pero también es un tiempo en el que lo cristiano corre el riesgo de quedar arrinconado en las sacristías, en las catacumbas de nuestra privacidad, o en el repliegue sobre el propio grupo cristiano, oscureciéndose a veces el mandato evangélico de ser «sal», «luz» y «fermento» –«sal de la tierra», «luz del mundo» y «fermento en la masa»–. Frente a ello y sin nostalgias pretéritas, la vida y el pensamiento de Ángel Herrera Oria puede ayudarnos a iluminar hoy lo que la Iglesia viene denominando desde hace algunas décadas: *Nueva Evangelización*. El papa Francisco no quiere que esta *nueva evangelización* se entienda como un discurso teórico, sino más bien en el sentido de aportar «testimonios creíbles», que hagan «visible el Evangelio» y que como nuevos «Cristóforos» –portadores de Cristo– despierten la atracción por Jesucristo desde la «urgencia de salir al encuentro» del otro. Sobre esta base, el Papa está impulsado una «Iglesia en salida», misional, volcada en el anuncio y servicio pleno del Evangelio. Como dijo el Herrera ya obispo a sus seminaristas, se trata de «[...] predicar el Evangelio como lo que es. No como una filosofía moral. No como una tesis teológica. Ni como una verdad que se demuestra apologéticamente. Sino, como la misma palabra indica, como una "Buena Nueva", que desciende del cielo a la tierra. Como un anuncio, como un pregón divino. Como una carta del Creador Dios Omnipotente a las criaturas».

Todo esto se cumple con especial intensidad y llamativa anticipación histórica en el magisterio de este moderno *misionero de la vida pública* que fue el Siervo de Dios Ángel Herrera Oria. Desde su espiritualidad profundamente paulina, desarrolló una actualización de lo que podríamos llamar «modelo paulino» de evangelización[1]. El ágora pública y los actuales areópagos de nuestras modernas democracias necesitan de los testimonios y las razones que puede aportar el cristianismo, o los propios cristianos. Uno de los principales teóricos del actual sistema democrático occidental, Jürgen Habermas, defendía ante el papa Benedicto XVI el enriquecimiento de la vida política que puede suponer el hecho de que los ciudadanos cristianos, tanto en el ámbito privado como en el público, puedan aportar sus razones y sus valores éticos para la reconfiguración deliberativa de nuestros actuales sistemas de convivencia. Por otro lado, tampoco puede negarse que el secularismo sigue su imparable ascensión en nuestras sociedades por lo que se hacen necesarios modelos actuales de defensa y presencia pública de la fe.

Constituye, además, la vida de Ángel Herrera un modelo «integral» de compromiso cristiano, ya que puede ser una referencia tanto para seglares como para sacerdotes, pues Ángel Herrera fue seglar hasta los 54 años, edad con la que se ordenó sacerdote en Friburgo (Suiza). Como expondré posteriormente, lo «maduro» de esta edad de ordenación no se debió a lo que suele denominarse «vocación tardía», sino que respondió a su profundo sentido de obediencia al Nuncio y a la Jerarquía de la Iglesia en España, que le pedían que siguiera como seglar al frente de la Acción Católica española. Tuvo que mediar el propio papa Pío XI para que pudiera finalmente acoger su vocación sacerdotal. Algunos años más tarde Ángel Herrera fue nombrado obispo y, al final de su vida, fue creado cardenal. Recorrió, por tanto, los diversos estados y grados dentro de la vida eclesial, siendo un ejemplo de entrega cristiana en cada uno de ellos.

1 Sobre la espiritualidad paulina de Ángel Herrera, véase José Luis Gutiérrez, *Estudios sobre Ángel Herrera*, CEU Ediciones, Madrid 2009, pp. 55-75; sobre la necesidad de un «modelo paulino» de nueva evangelización junto a un «modelo benedictino», P. Sánchez Garrido, «Religión, libertad y esfera pública» en *Escribir en las alma*s, Eunsa, Pamplona 2014, pp. 816-821.

Pero Ángel Herrera destacó no sólo dentro de la Iglesia, sino también en la historia nacional e intelectual de España. Puede destacarse el hecho de que se le considere miembro de la famosa «Generación del 14», en la que figuraban importantes intelectuales, como Ortega y Gasset o sus amigos Eugenio D'Ors y Gregorio Marañón. También destacó como uno de los principales referentes de lo que se ha conocido como la primera «democracia cristiana» en España, por lo que a menudo se le ha comparado con Luigi Sturzo, padre de la democracia cristiana italiana.

En todos los campos de su acción y de su pensamiento, tuvo como norte el profundo amor a la Iglesia y una inquebrantable adhesión a su Magisterio pontificio, especialmente a la Doctrina Social de la Iglesia (DSI), de la que acabó por convertirse en su principal abanderado en España.

Fue todo un modelo de recristianización de la sociedad en los principales ámbitos de la vida pública, como:

- El periodismo y los medios de comunicación: con periódicos como *El Debate* o el *Ya*, la primera Escuela de Periodismo de España, la Editorial Católica (EDICA), la agencia de noticias Logos, etc.
- La vertebración interna del laicado católico nacional y su difusión en la vida pública a través de la Acción Católica y de la Asociación Católica de Propagandistas.
- La acción social, con el apoyo a importantes instituciones socio-caritativas, como la Confederación Nacional Católico Agraria, la formación de los primeros fundadores y dirigentes de *Cáritas Española*, el Instituto Social Obrero, el Instituto Social León XIII, o la red de 250 escuelas-capilla en la provincia de Málaga...
- El compromiso socio-político, a través de su impulso decisivo en la creación de partidos, como el Partido Social Popular, o la CEDA, que fueron el inicio de la primera democracia cristiana española, en la que se aplicaron los principios de León XIII del accidentalismo de las formas de gobierno y el principio posibilista del acatamiento del poder constituido en aras de la paz, la justicia social y el bien común.

- Las instituciones culturales y los foros socio-culturales, como la universidad católica del CEU, los «Cursos de Verano» de Santander, la más señera editorial católica de España: la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC), etc.

Esta es más o menos la estructura de las páginas que a continuación se nos presenta en la biografía de uno de los principales apóstoles de la vida social y pública durante el siglo XX.

Hay, por tanto, dos ámbitos centrales en la vida de Ángel Herrera: uno es la «palabra» y otro es la «acción». Durante su vida de sacerdote y obispo uno de sus ejes centrales fue sin duda el de la predicación homilética, o predicación de la «Palabra». *Orationi et Verbo Dei*, fue su lema episcopal. Cuestión que fue algo así como la transfiguración sacerdotal de toda su entrega vital previa a la palabra: a la palabra escrita en la prensa, y a la palabra hablada, en los innumerables mítines católico-sociales, conferencias, lecciones, círculos de estudio... Pero tras su ordenación, esta se constituyó en una consagración a la «Palabra» en su sentido teológico y litúrgico más pleno. Palabra magistral a fuer que evangelizadora. Palabra forjada en el fuego de la oración y de la contemplación. Palabra que es logos y logos que es comunicación y pensamiento conectados con la Palabra o Verbo de Dios, el Logos encarnado. La vida de Ángel Herrera encarna la propagación de la palabra de Dios resonando en todos los espacios de la vida pública y en los rincones de las periferias sociales, haciéndola brillar en lugares antes inhóspitos y lóbregos.

El otro ámbito es el de la acción, la acción social, la acción humana o católica, en definitiva. Si su palabra, caldeada en la oración intensa, era ya una acción cristificadora del orden social y público, su compromiso vital y su acción eran a la vez todo un pregón evangélico, una «parábola encarnada».

Pero para terminar de exponer el eje vital de coordenadas de Ángel Herrera Oria, no podemos contentarnos con el eje horizontal y temporal que va desde la acción socio-política a la cultural, pasando por el compromiso político o la comunicación social, sino que es fundamental exponer su «eje vertical». Ciertamente, él siempre buscaba

una situación social e histórica concreta, es decir, partía de las necesidades reales existentes en la sociedad y en sus periferias, realizando un descenso o *kénosis*, a los lugares, grupos sociales y personas concretas necesitadas en aldeas de Santander, Málaga; entre los pescadores, los agricultores, los obreros, los presos, etc. Pero, desde esta situación histórica y personal concreta, su eje superior siempre se elevaba hasta el infinito del espíritu sobrenatural, abriéndose a la caridad y a la gracia. De aquí parte para Herrera toda su acción, es este espíritu sobrenatural el que anima y alimenta el impulso de su acción guiada a su vez por la justicia social, la misericordia y la caridad. Estamos pues ante la refutación práctica de un activismo meramente mundano, mas no desde un espiritualismo frío y desencarnado, sino desde una acción «cristiana» o incluso «cristificadora» del orden social, permanentemente caldeada por el fuego de la caridad en Cristo, la misericordia del Padre, y la gracia del Espíritu.

Por último, unas líneas sobre la justificación de este texto. Puede extrañar una nueva biografía de Ángel Herrera existiendo varias, como la ya clásica de José María García Escudero, o los diversos estudios elaborados por José Luis Gutiérrez. Además, está a punto de editarse la biografía de su etapa de sacerdote, obispo y cardenal, elaborada por quien fue su secretario, el padre José Mª Eguaras. Pero esta pequeña biografía tiene una finalidad mucho más modesta. Ante la complejidad biográfica de Ángel Herrera Oria, quiere cumplir una finalidad de síntesis divulgativa o de visión panorámica. Además en ella se han recogido nuevos datos biográficos que han aparecido más recientemente, gracias sobre todo a la inminente biografía del P. Eguaras –cuya edición para CEU Ediciones he preparado en paralelo–, así como a otras investigaciones y fuentes históricas sobre esta grandísima figura del siglo pasado, pero que le habla al nuestro. No se trata por tanto de una biografía histórica, ya que estamos ante un modelo vivo de «nueva evangelización» para hacer frente a los desafíos sociales y religiosos del siglo XXI.

Pablo Sánchez Garrido,
5 de abril de 2019, festividad de San Vicente Ferrer

Nota bene

Esta edición –aunque esconde una intensa investigación previa en diversas fuentes archivísticas y hemerográficas–, ha querido aligerar deliberadamente el aparato crítico de las citas bibliográficas para facilitar la lectura de una obra de finalidad eminentemente divulgativa, motivo que a la vez explica la introducción de numerosas ilustraciones gráficas[2]. No obstante, entre sus principales fuentes bibliográficas –así como posibles lecturas ampliatorias sobre la vida de Ángel Herrera Oria para el lector interesado– cabe destacar las siguientes:

- Infancia, juventud y orígenes familiares: Pablo Sánchez Garrido, «Genealogía intelectual de Ángel Herrera (1886-1908). Una revisión desde nuevas fuentes historiográficas», *Aportes*, Vol. 31, núm. 90 (2016) [accesible por Internet].
- Etapa de madurez y biografía general: José María García Escudero. *De periodista a Cardenal. Vida de Ángel Herrera.* BAC, Madrid 1998.
- Periodo de sacerdote en Santander (1940-1947). Pablo Sánchez Garrido, «Ángel Herrera y Santander», *Altamira*, Nº 87, 2016, págs. 179-238 [accesible por Internet].
- Periodo de sacerdote, obispo y cardenal (1946-1968): José María Eguaras, *Ángel Herrera Oria, una biografía testimonial.* CEU Ediciones, Madrid 2019.

También es recomendable la biografía centrada en su espiritualidad de José Luis Gutiérrez, *Ángel Herrera. Biografía interior*. CEU Ediciones, Madrid 2008.

Reportaje biográfico audiovisual: ACdP, *Ángel Herrera Oria: un apóstol en la vida pública,* Madrid, Asociación Católica de Propagandistas, 2008. Accesible por Internet desde la web de la ACdP.

Agradezco las sugerencias aportadas por Mons. Jesús Vidal, José Luis Gutiérrez y Jesús Tanco, en la mejora de versiones previas del texto, e igualmente a Pablo Velasco y Andrea Nieto, de CEU Ediciones, por su paciencia en la corrección reiterada de portada y contenidos.

P. S. G.

2 Agradezco al Archivo Histórico de la ACdP concretamente a Irene,la ayuda con algunas de las fotos incluidas.

Capítulo 1

Orígenes y juventud

Orígenes familiares

El siervo de Dios Ángel Herrera Oria nació en Santander, capital costera de la región de Cantabria, en la mañana de un 19 de diciembre de 1886. Fue bautizado en la céntrica parroquia de Santa Lucía con el nombre de Ángel Nemesio en el día de la festividad de los Santos Inocentes. Su padre, José Herrera Ariosa, era abogado pero no se dedicó al ejercicio de la abogacía, ya que la pujanza de sus negocios tabaqueros de ultramar le permitió ahorrar lo suficiente como para consagrarse al cuidado y formación de su extensa familia de trece hijos. Según nos lo describía un periódico de la época: «don José Herrera era modelo de caballeros cristianos, de aquellos hombres en que tan profusamente abundó el solar español de las centurias pasadas; hombres que llevaban a Dios tanto en el corazón como en los labios...»[3]. José Herrera había nacido en el año 1847 en la, aún española, isla de Cuba, pues su padre Antonio Herrera de la Fuente –abuelo de Ángel–, que era oriundo de la aldea cántabra de Renedo, había emigrado en su juventud a Cuba, en la que alcanzó un cierto éxito en los negocios.

Su madre, Asunción Oria Rodríguez, que también era de origen cántabro, pertenecía por la línea paterna de los Oria a una estirpe de médicos oriunda de una aldea cercana llamada Vega de Pas. De uno de los bisabuelos maternos de Ángel Herrera, Antonio Oria Oria (1783-1872), es reseñable también el hecho de que llegó a tener veintidós hijos. Cuando enviudó se hizo sacerdote a los setenta y nueve años, muriendo con cerca de noventa años[4].

---

3 ABC, 19.VIII.1929.

4 Puede verse un retrato del bisabuelo Antonio Oria Oria en la imagen 33, dentro del apéndice gráfico, p. 99. Agradezco al descendiente de D. Ángel, José Miguel Fernández Morán los datos aportados al respecto. Tanto en los fragmentos de memorias de Ángel Herrera como en la biografía de García Escudero solamente se habla de un bisabuelo, sin precisar el nombre. Cfr. José Mª García Escudero, *De periodista a cardenal. Vida de Ángel Herrera*, BAC, Madrid 1998, pp. 5-6.

José Herrera Ariosa (1847-1929) y Asunción Oria Rodríguez (1858-1937)
padre y madre de Ángel Herrera Oria

Volviendo a los padres de Ángel Herrera, estos se casaron en 1874 en Santander y del matrimonio nacieron trece hijos, de los que Ángel fue el décimo, aunque casi la mitad de ellos fallecieron pronto, incluida la única hija y primogénita, María Dolores. Estos fallecimientos tan prematuros fueron asumidos con ejemplar testimonio de esperanza cristiana por parte de la familia –según nos narra su amigo de juventud Gerardo Requejo–, aunque tuvieron que ser muy dolorosos también para el joven Ángel. El padre siempre recordaba a sus hijos fallecidos, pero concluía diciendo: «estos ya triunfaron», aludiendo a la certeza de su salvación.

El ambiente de fervor cristiano en el que fueron educados Ángel y sus hermanos puede constatarse por el hecho de que cuatro de ellos fueron sacerdotes jesuitas: Luis, Carlos –fallecido en 1917–, Julio –misionero en China, donde falleció en 1946– y Enrique. Ángel sería el quinto hijo sacerdote. Otro de los hermanos, Francisco, inició su ingreso en la Compañía de Jesús pero no llegó a ordenarse finalmente; décadas más tarde ayudaría a su hermano a fundar el famoso diario católico *Ya*.

Otra anécdota que prueba la intensa religiosidad del matrimonio Herrera Oria, nos lleva en esta ocasión a 1924, fecha en que celebraban los Herrera Oria sus bodas de oro, para cuya ocasión se les ofreció desde la Santa Sede la dispensa especial, con bendición autógrafa del

papa Pío XI, para disponer de oratorio privado en el hogar familiar, concesión que se otorgaba en muy contadas ocasiones a personas de probada ejemplaridad religiosa[5].

Al parecer, el patriarca cristiano de los Herrera Oria rezaba diariamente el rosario de rodillas hasta pocos meses antes de fallecer, con 83 años, pese a la grave dolencia que arrastraba[6]. Una vez fallecido el padre en 1929, Ángel se hizo cargo de su madre ejemplarmente. La relación entre la madre y el hijo era de intenso cariño, pese a que Ángel era muy poco proclive a manifestar públicamente su afectividad, al menos durante su madurez; cosa que en la que cambiaría con los años. En este caso, otro amigo, Luis Ortiz, en el contexto de la lectura privada que hizo José Mª Pemán de *El divino impaciente* en el domicilio de Herrera, recordó la atención con la que Ángel cuidaba de su madre y el cariño agradecido de ella, a lo que añade: «entonces advertí cómo la madre se miraba con inmensa ternura en el espejo del hijo y cómo el hijo vivía para la madre»[7]. En este mismo sentido, nos reveló el Siervo de Dios Fernando Martín-Sánchez –amigo íntimo y sucesor de Herrera al frente de la Asociación Católica de Propagandistas– que una de las fibras que siempre vibraban en el corazón de Herrera era el amor por su madre.

Padre y hermanos de Ángel Herrera Oria

5 *ABC*, (17.XII.1924), p. 13; *El Debate*, (1.VIII.1929), p. 3; *ABC*, (19.VIII.1929), p. 12.

6 *El Debate*, art. cit.

7 Luis Ortiz, en J. Mª García Escudero, *Conversaciones sobre Ángel Herrera*, BAC, Madrid 1986, p. 158.

Los años de formación y de su primera juventud (1886-1908)

Si regresamos hacia los años de su infancia y primera juventud, tenemos en realidad muy pocos datos. Tan solo algunos apuntes en el índice de lo que iba a ser el libro de sus memorias, cuya redacción se le solicitó repetidamente desde la editorial Biblioteca de Autores Cristianos, pero que por humildad y falta de tiempo rechazó una y otra vez escribir[8]. En sus últimos años fue finalmente convencido para iniciarlas, pero no llegó a concluirlas. No obstante, en el índice de estas memorias nonatas, el ya venerable anciano Obispo señaló algunos títulos de epígrafes que nos ofrecen tan solo una pista de lo que pudo haber sido su contenido. En texto mecanografiado, recogió: «Primeros años. Vocación nativa a la vida pública. Seglar, sacerdote, jesuita. "Viaje a la tierra en que se cultiva la caña de azúcar". Educadores. Asilo Santander. Hermanas de Valladolid. Colegio San José. Universidad de Valladolid. Universidad de Deusto. Universidad de Madrid. Universidad de Friburgo».

Entre otras cosas, como esa alusión a un posible viaje a Cuba –tierra de la caña de azúcar– acompañando a su padre, es reseñable que uno de los primeros epígrafes que él quiso destacar al comienzo de su biografía, fuera: «vocación nativa a la vida pública». Este es, en efecto, uno de los principales rasgos de toda su biografía, así como de su especial vocación religiosa y del sentido en que su vida constituyó un capítulo destacable de la historia de la Iglesia en el siglo XX y de la historia de la España contemporánea. Pero también es el rasgo por el que puede constituir un modelo para el católico de hoy, especialmente del que tenga una vocación social o pública. Ese carisma tan suyo de llevar la fe católica a la vida pública, con sus palabras y con su testimonio, pero también con importantes obras y fundaciones, es una aportación «herreriana» que no debería «ocultarse bajo el celemín», sino alumbrarnos a todos ante unos tiempos que reclaman una «nueva evangelización».

8 Los índices y fragmentos inconclusos de estas memorias citados en este libro se conservan en el Archivo de la Fundación Pablo VI, en Madrid.

Por lo que nos indica él mismo, esa vocación de llevar la fe a la esfera social y pública –vocación que fue posteriormente impulsada por su mentor espiritual, el padre jesuita Ángel Ayala– parece que era ya en él una vocación «nativa», una llamada que, unida a la de promover la unidad entre los católicos, resonaba en su alma desde su primera juventud.

Pero veamos antes algunas pinceladas de sus primeros años de infancia y juventud. Durante los primeros años de infancia de Ángel, la familia vivió en Santander, pero poco después el padre decidió que se trasladaran a Valladolid «para atender a la educación de sus hijos», atraído seguramente por la calidad educativa del colegio jesuita de San José. Durante estos años de infancia del joven Ángel la familia pasaba los inviernos en Valladolid y los veranos en Santander, aunque algunos años después, en torno a 1910 el matrimonio se trasladaría a vivir a Madrid, junto con su hijo.

Portada de la revista Deusto. Academia de Derecho y Literatura

Pero volviendo a su edad escolar, en el Valladolid cercano a 1890 inició Ángel sus primeros estudios con los Hermanos La Salle. En 1893 pasó al colegio jesuita de San José de Valladolid, donde cursó los estudios de bachillerato. En este colegio comenzaría su formación ignaciana y su entrenamiento como propagandista católico participando ya en sus conocidas academias formativas de oratoria y literatura, tan clásicas en los colegios de jesuitas de la época.

A los trece años edad, en 1900 se matriculó en los cursos de preparación universitaria en la Universidad de Valladolid, donde permaneció varios cursos. En 1903 se trasladó a la Universidad de Deusto, en Bilbao, donde prosiguió sus estudios hasta 1906. En estos años continuó cursando asignaturas de la carrera de Derecho y la simultaneó con la carrera de Filosofía y Letras, aunque los exámenes tenía que hacerlos en la Universidad de Salamanca ya que la hoy prestigiosa Universidad jesuita de Deusto aún no gozaba de reconocimiento oficial. Durante esta estancia universitaria, Herrera desarrolló una intensa vida de estudio, a tenor de sus calificaciones. Pero también desarrolló una intensa vida espiritual y comenzó a hacer sus «primeras armas» en la formación para un apostolado público, vinculado constantemente a la Compañía de Jesús. En esos años universitarios aparece como miembro del Apostolado de la Oración, un movimiento devocional fundado en 1844 –por el P. F. Gautrelet SJ– y muy unido al culto al Sagrado Corazón de Jesús. A su vez, también formó parte de la presidencia de la congregación mariana de San Luis y a través de ella de la Academia de Derecho y Literatura de San Luis, de la que fue presidente en 1905 y que dirigía el P. López Vallado desde 1903, que también había sido profesor suyo de Derecho[9].

Herrera termina su carrera de Derecho en 1905 y hacia junio de 1906, se trasladó a Madrid, en cuya Universidad Central se matriculó para concluir las asignaturas restantes de Filosofía y Letras. Seguramente fue en este año de 1906 cuando conoció a un sacerdote jesuita cuya influencia iba a ser decisiva en su vida: el padre

9 Seguramente también formó parte de la congregación mariana del colegio de San José en Valladolid, pero no he podido confirmar el dato.

Ángel Ayala. Unos meses después de su llegada le encontramos ya participando en una de las «veladas literarias» con las cuales el P. Ayala estaba entrenando a un grupo selecto de congregantes marianos –conocidos en Madrid como «los Luises»[10]–, para lanzarlos a evangelizar la vida pública.

Pero, en septiembre de 1907 se convocaron unas oposiciones a Abogado del Estado –una de las más arduas del funcionariado español– y el joven Ángel decidió presentarse a ellas. La narración anónima de uno de sus ejercicios de oposición a Abogado del Estado es muy elocuente de las cualidades oratorias e intelectuales del joven Herrera:

> El ejercicio de este muchacho, juntamente con los de los aprobados Fraile y Amado, creo que ha sido de los mejores. Sin embargo, aventajó este opositor a los demás, no sólo en la forma de exponer, sino por lo que revelaba que sabía. Hubo temas que, puestos acaso en igualdad de condiciones algunos del Tribunal, no lo hubieran hecho mejor: sencillez, facilidad de expresión, erudición, memoria, todo lo reveló en la hora justa que duró su examen, el que fue acogido a la salida con una salva de aplausos por sus compañeros[11].

Su tesón en el estudio junto a su formación jesuítica daba sus primeros frutos. Una vez ganada la plaza en febrero de 1908 ejerció el cargo durante siete meses en la Delegación de Hacienda en Burgos, pero pidió la excedencia en octubre de 1908. En esa misma fecha vuelve a Madrid, para finalizar su carrera de Filosofía y Letras y con la intención de desarrollar su doctorado y opositar a la cátedra de Derecho Político. Pero algo mucho más trascendente para su vida y para la historia del catolicismo público iba a acontecer tan sólo pocos días después de su regreso a Madrid: la convocatoria del P. Ayala en noviembre de 1908 para fundar la «Asociación Católico-Nacional de Jóvenes Propagandistas», (en adelante ACdP), de la que sería nombrado su primer presidente. El joven Ángel renunció para ello a una prometedora carrera de alto funcionario público, pidiendo la excedencia

10 Debe este nombre a la abreviatura de denominación completa: Congregación de Nuestra Señora del Buen Consejo y San Luis Gonzaga.

11 Lo firma: «Un curioso», en el diario *El Globo*, 27.X.1907.

de su cargo, y llegó a Madrid un mes antes de la mencionada reunión. La conexión entre ambos hechos es más que probable. El joven Ángel Herrera renunciaba a una vida centrada únicamente en el propio éxito profesional para embarcarse en la incierta y quijotesca aventura de evangelizar la vida pública.

Ángel Herrera de estudiante

Capítulo 2

Primeros pasos en el apostolado de la vida pública

Esta Asociación Católica de Propagandistas que fundó el P. Ayala sobre los hombros del joven Herrera, tuvo una importancia decisiva en la historia civil y religiosa de la España del siglo XX[12] Fue fundada igualmente a instancias del Pronuncio del papa San Pío X, Antonio Vico. El Nuncio le venía insistiendo al P. Ayala sobre la necesidad de reimpulsar en España la Acción Católica comenzando por la rama de la juventud. El terreno estaba preparado para ello, ya que el P. Ayala llevaba algunos años preparando a un grupo selecto de los congregantes marianos a los que planeaba lanzarlos al apostolado de la atribulada vida pública española. Una España que estaba atenazada por un intenso laicismo, mientras que el catolicismo español se encontraba internamente debilitado por agudas disensiones, enfrentamientos y por una colosal falta de empuje. De este modo, la ACdP se convirtió en el catalizador de la Acción Católica en España y Ángel Herrera sería el presidente de las dos asociaciones católicas más importantes en la España de su tiempo.

Pero después de esa primera reunión constitutiva de la ACdP de 1908 –previa a su inauguración oficial en 1909–, el P. Ayala lanzó a los «jóvenes propagandistas», con Herrera a la cabeza, a la «descabellada» y quijotesca aventura de realizar «mítines católicos» por toda España, con la idea de despertar de su letargo a un postrado catolicismo español. Los «mítines» eran algo reservado entonces a los partidos políticos y sobre todo a los de izquierdas, por lo que hacer «mítines católicos» en aquel ambiente era considerado para muchos casi como una provocación, o cuando menos como algo llamado al fracaso.

12 Según afirmaba J. Andrés-Gallego, uno de los historiadores más prestigiosos de este periodo: «Como es sabido, la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (entonces, de Jóvenes Propagandistas) es una de las sociedades más importantes de la España contemporánea», Andrés-Gallego, J., «Sobre los orígenes de los Propagandistas, ICAI y *El Debate*», *Hispania Sacra* (1993), XLV: 252-253.

Propagandistas fundadores el 3.XII.1909 con el P. Ayala

Otro momento crucial de esta Asociación apostólica fue la inauguración litúrgica el 3 de diciembre de 1909 –día de San Francisco Javier– de la ACdP, con una solemne eucaristía e imposición de insignias al grupo inicial de 18 jóvenes propagandistas católicos; ceremonia que estuvo presidida por el Nuncio Vico[13]. Después de este «espaldarazo» que les daba el papa San Pío X a través de su Nuncio, los jóvenes propagandistas se lanzaron aún con más vigor a esa misión apostólica de dar mítines católicos. Lejos de fracasar, en casi todos los casos lograron llenar teatros, plazas de toros y salones de aldeas, pueblos, y capitales españolas. Los primeros sorprendidos fueron ellos mismos, al ver que donde antes no parecía posible «pescar» nada, ahora las redes se llenaban de peces y quedaban desbordados...

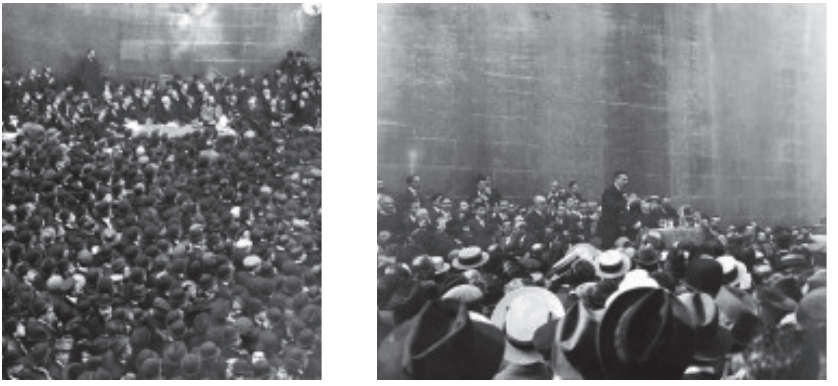
El primer mitin importante después de esa emotiva imposición de insignias fue en Granada, tan solo unos días después. En él habló Herrera junto a su amigo Requejo. El recibimiento inicial fue tibio y desconfiado pues el ambiente anticlerical era muy intenso y estos jóvenes eran unos perfectos desconocidos. Sin embargo, dieron un primer mitin preparatorio que tuvo muy buena respuesta y unos

13 Para una descripción, véase: José Luis Gutiérrez, *Historia de la ACdP*, vol. I, CEU Ediciones, Madrid.

días después se lanzaron a un gran mitin público en el teatro Isabel la Católica en el que el éxito y la afluencia de público fueron inauditos. Estos jóvenes desconocidos llegaron a ser la portada a cinco columnas del diario de Granada, *La Gaceta del Sur*, y hasta la prensa anticlerical se hizo eco del evento. Aunque tal era el temor del público católico en el mitin que cuando un fotógrafo provocó una pequeña explosión por un exceso de magnesio en la preparación de su «flash», los asistentes comenzaron a huir pensando que se trataba de un atentado. Pero el joven Herrera mantuvo la calma y logró hacerlos volver a sus asientos apelando al ejemplo de varias señoras, que se mantuvieron firmes en su lugar. Tras el percance y bajo la impronta paulina que era constitutiva del carisma de aquellos jóvenes propagandistas católicos, Herrera prosiguió su discurso centrándose en el lema de San Pablo de «restaurar todas las cosas en Cristo», como a su vez defendía el papa San Pío X en su encíclica *Il fermo proposito*, sobre el apostolado seglar desde la Acción Católica. Con su brillante cualidad oratoria, pulida por el P. Ángel Ayala y por las academias literarias de Deusto, recreó el pasaje bíblico en el que el profeta Ezequiel aparecía en pie ante un campo de esqueletos (Ez, 37, 1-14); al cumplir poco después el profeta la orden divina de profetizar sobre esos huesos inertes, estos comenzaron a erigirse y a revestirse de carne y, ya dotados de espíritu, acabaron encarnados en «un ejército grande en extremo». Supo simbolizar Herrera magistralmente con ese estremecedor pasaje poético del valle de esqueletos la situación social del catolicismo y la necesidad de la palabra apostólica para su urgente vertebración y revitalización.

Desde aquel mitin de Granada prosiguió dando mítines católicos por todo el sur de España: Cádiz, Jerez de la Frontera, Huelva, Sevilla... Este fue el comienzo de una campaña de centenares de mítines durante los años siguientes por todos los rincones de España, algunos de los cuales lograron convocar a decenas de miles de personas. En muchas ocasiones eran los mismos obispos los que llamaban a los «jóvenes propagandistas» a sus diócesis y los que les apoyaban y felicitaban por sus logros en la movilización social y pública de los católicos. Los temas que trataban eran fundamentalmente de contenido

católico-social, para difundir la entonces incipiente Doctrina Social de la Iglesia, pero también los hubo de oposición frente al intenso laicismo imperante en la vida pública española, concretamente contra la Ley del candado y contra el laicismo educativo que atacaba a la enseñanza católica. Hubo dos especialmente multitudinarios en febrero y octubre de 1910, en el famoso frontón Jai Alai de Madrid, lugar de los más importantes mítines políticos de la época.



Mítines Jai Alai, febrero y octubre de 1910

El nombre de Herrera como apóstol seglar comenzaba a resonar con fuerza creciente en la Iglesia y en la sociedad españolas. Varios obispos y el propio Nuncio vislumbraron que había algo especial en él y en lo que estaba llamado a desarrollar.

Lo que vino después por iniciativa directa de Herrera o por su impulso indirecto es casi equivalente a la historia del catolicismo público de la España del siglo XX.

Capítulo 3

Ángel Herrera: de la comunicación social a la preocupación cultural

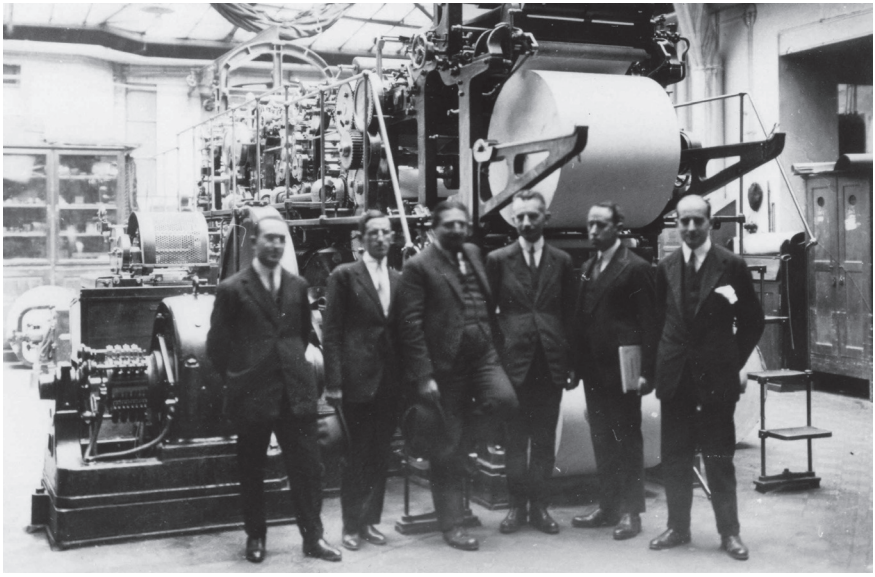
Después de ese primer apostolado «quijotesco» de juventud a través de los mítines católicos –que tienen un cierto sabor al apostolado de los primeros cristianos, o al de San Pablo ante el areópago–, uno de los campos de acción al que Ángel Herrera dedicó buena parte de su vocación evangelizadora fue el de la comunicación social de entonces: el periodismo. El mundo de la comunicación social –tan limitado entonces– y el de la prensa escrita fue para Ángel Herrera toda una vocación apostólica por la posibilidad que ofrecía para la moderna evangelización de la sociedad. Veamos cómo la desarrolló en estos años.

En el contexto del Congreso eucarístico de 1911, celebrado en Madrid, Ángel Herrera, paseando por las calles de la capital junto a otros «aventureros» católicos desarrollaron la idea, sembrada previamente por el P. Ayala, de lanzar el «gran rotativo católico español». Un año después, el 1 de noviembre de 1911 la idea ya era una realidad. Herrera, junto a sus compañeros de la ACdP y con la ayuda de un destacado emprendedor católico del norte de España, José María Urquijo, fundador igualmente de *La Gaceta del Norte*, consiguieron hacerse con un diario que estaba a punto de entrar en crisis y lo reflotaron para ponerlo al servicio de la evangelización de la vida pública española. Era el origen de *El Debate*. Todos pensaron que Ángel Herrera debía ser el director, aunque él –que además estaba preparándose para una cátedra de Derecho Político– se negó rotundamente, aceptando solo por obediencia ante la insistencia directa del Nuncio y del P. Ayala. No obstante, él pensaba que se trataría de una dirección coyuntural que tan solo duraría unos meses, pero esa «provisionalidad» duró ni más ni menos que veintidós

años, en el curso de los cuales *El Debate* se convirtió efectivamente en el gran rotativo católico, adoptando una nítida posición de servicio a la Iglesia y de defensa y difusión del Magisterio pontificio, motivo por el que sería peyorativamente tildado por la prensa contraria de «vaticanista». Pero uno de los lemas que Herrera quiso imprimir al diario fue que lo sustantivo tenía que ser «periódico», y lo adjetivo «católico». Es decir, que la orientación católica no podía servir de excusa para hacer un periódico menos riguroso o profesional; todo lo contrario, tenía que ser ante todo un buen periódico pero además un buen periódico que fuera católico, que no clericaloide. Por otro lado, frente a la sangrante desunión de los católicos españoles también supo jugar un papel conciliador, rechazando en todo momento entrar en las provocaciones de otros rotativos católicos defensores del integrismo católico, que en algunos casos rozaba cierto fanatismo. E incluso al día siguiente de proclamarse la laicista II República española, el diario salió en defensa de la doctrina de León XIII del acatamiento al poder constituido, por lo que defendió el acatamiento de la II República, pero a la vez animó a combatir cívicamente las leyes que fueran injustas o contrarias a la fe.

En la prensa española de la época había una fuerte presencia del anticlericalismo, fundamentalmente desde la prensa liberal y progresista, como la del famoso consorcio conocido como el *Trust*, formado por: el *Heraldo de Madrid*, *El Liberal*, y *El Imparcial*. O también desde el enfoque más beligerante aún de otros diarios como *El País*, *Los Dominicales del Libre Pensamiento*; sin olvidar, *El Motín*, portavoz del anticlericalismo más virulento. En el sector católico, la prensa favorable a la Iglesia, estaba bastante limitada en cantidad y número de lectores, pudiendo destacarse: *El Siglo Futuro*, fuertemente tradicionalista o «integrista», *El Correo Español*, tradicionalista carlista, *El Universo*, o el entonces naciente *ABC* –mención especial en el ámbito de la prensa regional católica merece *La Gaceta del Norte*, hermana mayor de *El Debate*–.

El éxito en la aplicación de esta fórmula –lo sustantivo: periódico; lo adjetivo: católico–, unido a la dirección magistral de Herrera lograron la proeza: de los 8.000 ejemplares de tirada que tenía *El Debate* de 1911, se pasaría a 200.000 en 1931.



Rotativa de *El Debate*

Además, Herrera fundó en 1912 la Editorial Católica (EDICA), propietaria con el tiempo de los diarios *Ideal* de Granada, *El Ideal Gallego* en La Coruña, *Hoy* de Badajoz, *La Verdad* de Murcia y el vespertino *Ya*; así como la revista *Jeromín* (Infantil) y la agencia de noticias Logos. También creó la primera escuela de periodismo de España: la Escuela de Periodismo de *El Debate* –precedente de las actuales facultades universitarias de comunicación–, cuyos cursos comenzaron a impartirse en la temprana fecha de 1926[14].

Mientras era director se le ofrecieron importantes puestos públicos, que él fue rechazando sistemáticamente: «Mi puesto está en el periódico –decía–. ¡En el periódico!»[15].

Si queremos saber cómo era un día en la vida de Herrera mientras dirigía el periódico, nos lo cuenta el mismo diario:

14 Herrera mandó a varios de sus primeros dirigentes a formarse en la prestigiosa Escuela de Periodismo del gran Pulitzer, en la Universidad de Columbia.

15 *El Debate,* 9.II.1933 p. 1, véase también 5.VII.1936, número conmemorativo de la fundación del diario.

En pie en las primeras horas de la mañana. Las primeras para Dios, a quien diariamente recibe en la Eucaristía; otras para el estudio; unas visitas; la comida, rara vez fuera de casa; un breve descanso... y al periódico, desde la cuatro a las diez de la noche; después de esta hora, jamás una distracción o un recreo; y todavía a las doce, a la una, más tarde a veces, cortando el reposo, una llamada telefónica a la redacción para rectificar o matizar una idea o una frase de un artículo que horas antes aprobó[16].

Escuela de periodismo de *El Debate*, inauguración

Pero en febrero de 1933 abandonó la dirección del periódico para hacerse cargo de la presidencia de la Junta Central de Acción Católica. Como decía el diario *El Debate* en la despedida a su director: «El joven que nada sabía de periodismo se hizo el primer periodista español»[17]. A esto añadía: «*El Debate* es obra personalísima de Herrera. Pero el personalismo de Herrera, fuerte y dominador, no anulaba a nadie. Al revés: creaba. [...]. El director más director, más personal, de todos los periódicos españoles, ha sido, en el régimen interno del suyo, el más demócrata».

16 Ibídem.
17 Ibídem.

Su dedicación al periodismo, al que había llegado por obediencia y al que consagró más de veinte años de su vida, rechazando importantes nombramientos políticos, sería abandonada igualmente por obediencia para asumir la presidencia de la Junta Central de Acción Católica.

En todo momento vivía esta intensa entrega profesional y social con una austeridad en su forma de vida. No se le conocía en los lugares de fiesta de la capital madrileña, aunque cuando tocaba hacer alguna celebración del periódico o festejar algún logro en el ámbito del apostolado, se le puede ver brindando alegremente junto a sus compañeros y amigos en ágapes celebrativos. Ya en su etapa de Abogado del Estado y de director de un pujante periódico de repercusión nacional, afirma su biógrafo García Escudero que: «De seglar y hombre de Iglesia vivió pobre y austeramente, "no tengo dos cuartos" confesaba a su madre y era verdad, pero se debía a que se había desprendido de cuanto tenía»[18].

Aún así varios de quienes le trataron coinciden en señalar que tenía una distinción y una elegancia naturales. Como afirma el P. Eguaras, quien fue su secretario personal durante décadas: «La elegancia de don Ángel no se manifestaba en su traje. Ni cuando de seglar vestía impecablemente ni, mucho menos, cuando de sacerdote y de obispo llevaba la sotana como uniforme. El vestido era lo de menos. [...]. Era muy elegante D. Ángel. También su elegancia atraía, creo yo, la admiración de la gente que nunca decía "¡qué elegante es!", sino: "¡qué santo es!"... Lógico: la elegancia es un efluvio de la santidad»[19]. Quizá nos recuerde esta especie de presencia o porte espiritual, que comentan varios de los que le trataban, a ese «olor de santidad» –no confundir con la similar expresión «loor de santidad»– que se atribuye a diversos santos.

También hay que decir que fue un hombre de intenso carácter y de fuerte exigencia, comenzando por lo que se exigía a sí mismo antes que a nadie. Trabajador infatigable, llevaba su tiempo a rajatabla, distribuyendo incluso los cuartos de horas en una especie de agenda semanal que llamaba «semanillas», en las cuales planificaba incluso sus distracciones. Se cuenta que en alguna ocasión, poco frecuente, en la que se le

18 José Mª García Escudero, *Conversaciones...*, p. 101.

19 José Mª Eguaras, *Ángel Herrera Oria, una biografía testimonial*, CEU Ediciones, Madrid 2019.

vio jugar al tresillo, al acabar el tiempo previsto para ello se levantaba, aunque no hubiera finalizado la partida, y se marchaba[20].

No es de extrañar que a algunas personas cercanas le resultara duro seguir su ritmo de trabajo y exigencia, a la que unía un sentido intenso de la autoridad –liderazgo, lo llamaríamos hoy–, que manifestó sobre todo en los años en que fue fundador y director de uno de los primeros periódicos del país. Aunque también es común el comentario de que con los años fue suavizando ese carácter y transformando esa actitud de padre bueno, pero exigente, en la de padre comprensivo. Sin olvidar los testimonios que reconocen que cuando se excedía o se equivocaba sabía rectificar y pedir perdón, algo tan estimable como infrecuente[21]. Por otro lado, también sabemos que muchos grandes santos de la historia han sido a la vez hombres y mujeres de carácter, comenzando por el propio San Pedro o San Pablo, así como San Ignacio de Loyola, sin olvidar a esa gran mujer y fundadora, tan admirada por Ángel, que fue Santa Teresa de Jesús. Curiosamente, todos ellos fueron sus principales referentes religiosos.

Esa nota comprensiva y misericordiosa, que se fue expandiendo con los años en este hombre de intenso carácter, la manifestó más especialmente, incluso ya desde sus años de juventud, con los que estaban alejados de la fe, o con los que se habían «enfriado», cuando no era nada infrecuente en aquella época el cortar la relación con dicha persona. Hay numerosos testimonios en este sentido de algunos católicos que perdieron la fe, como es el caso de José Antonio Balbontín, o incluso su compañero y propagandista de los primeros tiempos, que acabó incluso como miembro de la masonería y militante republicano de izquierdas: José Palanco. Con todos ellos manifestó una actitud cariñosa y paternal de esperanza y oración por el regreso del hijo pródigo. Al que sería periodista económico de *El Debate*, Antonio Bermúdez Cañete, que al parecer no era muy practicante en aquel tiempo, se lo ganó una tarde montando con él en una moto de gran cilindrada por los montes alemanes, país en el que el futuro periodista se encontraba becado. Igualmente, manifestó esta actitud abierta de «hacerse todo a todos para ganarlos a todos» hacia

20 El juego del tresillo es un juego de naipes que se popularizó en la España del siglo XIX.

21 En la obra colectiva citada anteriormente, *Conversaciones sobre Ángel Herrera*, se encuentran diversos testimonios en este sentido.

destacados intelectuales y políticos más alejados de la fe, como Alejandro Lerroux, con quienes mantuvo una ejemplar amistad en su ánimo de acercarlos a Dios. En el caso de Lerroux, pasó de ser un furibundo anticlerical en su juventud a rezar todas las noches tres avemarías en cumplimiento de una promesa personal hecha a su amigo Ángel Herrera[22]. Es curioso también el caso del joven anarquista de la CNT Jacinto Toryho, al que ofreció trabajar en *El Debate* sin que se supiera su filiación ideológica radical. Cuando este se la confesó temeroso y renunció al ofrecimiento disponiéndose a marcharse, Ángel Herrera no solo no le mostró animosidad, sino que inició con él una relación amistosa que duró años. De hecho, casi una década después del fallecimiento del cardenal, este líder intelectual anarquista, escribía lo siguiente, refiriéndose a Herrera:

> Uno de los hombres que han ejercido más influencia en la vida española contemporánea ha sido este santanderino dúctil como el agua, sutil como el aire, firme como la roca, recio como el acero, de inteligencia luminosa e inquisitiva, corrección exquisita y simpatía y capacidad disuasoria incomparables. A las nuevas generaciones tal vez su personalidad les resulte desconocida, porque se vive en pura superficie, como si la vida –la historia– comenzara hoy. Y, sin embargo, fue una estrella de primera magnitud y un modelador de caracteres. Durante cierto periodo aún reciente pesó más que nadie en el desarrollo de lo acontecimientos nacionales, sin ser tribuno de la plebe, ni estadista, y sin que dejara de ser un asceta dinámico, esotérico, enfervorizado y casi incógnito[23].

La preocupación cultural

La dedicación al periodismo de altura que él cultivó, ya tenía algo o mucho de cultural, pero junto con el periodismo, lo cultural estuvo siempre presente entre sus principales preocupaciones. El hecho de que quisiera combinar su formación en Derecho con la de Filosofía y Letras ya es muy significativo, así como su deseo de juventud de convertirse en Catedrático de Estética, la disciplina filosófica de la belleza.

22 Esto se incluye en la biografía del P. Eguaras, en los fragmentos de sus memorias, e incluso hay testimonio del propio Lerroux, corroborándolo.

23 Toryho, Jacinto, *No éramos tan malos*, Del Toro, Madrid, 1975.

A lo largo de su vida también creó diversas instituciones culturales, entre las que cabe destacar el Centro de Estudios Universitarios (CEU) –aún hoy existente con tres Universidades y decenas de centros de enseñanza media y superior–. Se trataba de un primer paso hacia uno de sus sueños: crear una gran universidad de la Iglesia en España. El CEU comenzó en 1933 y contó entre su claustro a un grupo de brillantes intelectuales, que después serían célebres catedráticos, como Luis Díez del Corral, o destacados ministros, como José Larraz, Pedro Gamero del Castillo, y entre sus alumnos ni más ni menos que el futuro catedrático y ministro: Joaquín Ruiz Giménez. También por ese año creó los Cursos de Verano del Colegio Cántabro a los que asistieron importantes intelectuales, como por ejemplo Jacques Maritain, Eugenio D´Ors, Ramiro de Maeztu, José Mª Pemán, José Larraz, Agostino Gemelli, o Amintore Fanfani. Años más tarde sería muy importante su colaboración en la creación de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en su etapa posterior a la Guerra. Tampoco puede olvidarse la creación de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad de Salamanca en Madrid, la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) –gestada durante décadas pero impulsada en 1944 por sus discípulos Sánchez de Muniáin y Máximo Cuervo–, etc.

Al margen de sus fundaciones culturales, su propia obra oral y escrita fue igualmente una importante contribución cultural al pensamiento español. Desgraciadamente, no escribió obras monográficas. Podemos imaginar que quizá hubiera respondido ante este hecho que ya tenía demasiadas cosas que hacer como para detenerse a escribir libros; como se ha dicho de él: «era un hombre pragmático, que convertía lo abstracto en concreto». Y sin embargo, la recopilación de sus obras completas ha ocupado nueve volúmenes[24]. En este sentido, no debería extrañarnos que incluso se le considere miembro de la famosa «Generación del 14», en la que figuraron importantes intelectuales, como Ortega y Gasset o Eugenio D'Ors –este último amigo personal suyo–. En el listado de la Generación del 14 le introducen destacados intelectuales españoles como Julián Marías o Pedro Laín Entralgo, así como el historiador del pensamiento

24 Ángel Herrera, *Obras completas*, editorial BAC Madrid.

español José Luis Abellán, por ejemplo. Muchos de los rasgos intelectuales de Herrera, así como su pulcro a la vez que enérgico y luminoso estilo literario, le han hecho merecedor de ser considerado uno de los miembros de dicha generación. Su reivindicación inequívoca de España, su apertura a Europa[25] y su descentralización regionalista, su combate al caciquismo y a las oligarquías, su preocupación social y agraria, su desvelo por la cultura y el avance intelectual de España, así como su quijotismo espiritual, explícitamente enarbolado desde sus primeras salidas por las tierras castellano manchegas; todos estos rasgos y otros tantos, hacen de él un miembro de pleno derecho no solo de la Generación del 14. Incluso podríamos considerarle miembro de un Regeneracionismo tardío, pero de un Regeneracionismo auténticamente católico y respetuosamente rival del que encarnó un Joaquín Costa, por poner un ejemplo.

Ángel Herrera Oria, laico (retrato)

25 Merece destacarse en este sentido la siguiente cita de Ángel Herrera en 1933: «Que no serán los economistas, ni los políticos, ni los diplomáticos, los que fragüen los Estados Unidos de Europa. La unidad europea, que ya se anuncia, será más profunda. Será espiritual, y tendrá por centro y por eje la minúscula Ciudad Vaticana». Ángel Herrera, *Un programa de Acción Católica*, ACdP, Madrid 1933, p. 14. Lástima que la Unión Europea no siguiera este camino de integración cultural y espiritual y optara por una vía más economicista, como se lamentó el padre europeo Jean Monnet cuando dijo aquello de: «Si volviera a empezar la construcción de Europa, comenzaría por la cultura».

Por último, otros de sus principales rasgos y de sus principales contribuciones –si bien esta de carácter intangible–, fue la importancia que sobremanera prestó a la selección y formación de personas, especialmente de aquellas que iba a poner al frente de sus fundaciones. Cabe incluso decir, como recogen varias semblanzas, que la verdadera cuestión para él no fue tanto «elegir» hombres, sino «hacerlos», ya que «los grandes fundadores e innovadores tallan su obra en carne y espíritu humano». Para esta labor, Ángel Herrera comenzaba por anteponer su propio ejemplo personal y de este modo imprimía, como por atracción, su particular liderazgo y testimonio personal para la ejecución de aquella institución o tarea que él consideraba necesaria para el bien común o para el bien de la Iglesia.

Capítulo 4

Del compromiso social al bien común político

Un apóstol de la vida social

En realidad su dedicación al cultivo de la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) y su puesta en práctica a través de la acción social no era una faceta más de su apostolado, era algo consustancial a su personalidad y a su carisma, era como el reverso de una espiritualidad de intensidad casi mística. No caía Herrera en aquel peligro que advierte San Pablo cuando nos dice que «una fe sin obras es una fe muerta», muy al contrario: de su intensa espiritualidad y de su amor por la DSI rebosaba la acción social y caritativa. Herrera siempre luchó por una fe encarnada en las necesidades sociales de las personas de su tiempo. Era algo en lo que siempre puso su mente y en su corazón, ya fuera siendo estudiante, siendo joven congregante mariano, en los mítines católico-sociales de la A.C.N. de P., en el sindicalismo agrario católico, en la creación de iniciativas como el Instituto Social Obrero, el Instituto Social León XIII o el gran proyecto de las Escuelas-capilla de Málaga, etc.

A su vez, de modo indirecto impulsó la creación de la más importante institución caritativo-social de España: *Cáritas española*, a través de su influjo sobre varios propagandistas que pusieron sus bases y que fueron sus primeros presidentes: Javier Martín-Artajo –Secretariado Nacional de Caridad–, Jesús García Valcárcel y Francisco Guijarro Arrizabalaga[26].

Ya desde los primeros años de juventud, combinó la difusión de las encíclicas sociales, sobre todo las de León XIII y Pío XI, con el desarrollo de iniciativas sociales guiadas por el principio de justicia social. Esta difusión doctrinal la encauzó a través de la prensa escrita de *El Debate*, el principal altavoz del magisterio social pontificio en España, pero también la hacía de viva voz a través de los mítines católico-sociales de los primeros años,

26 Guijarro fue el segundo sucesor de Herrera en la presidencia de la ACdP. Véase: P. Sánchez Garrido (ed.), *Francisco Guijarro. Pasión por la sociedad civil*, CEU Ediciones, Madrid 2013.

incluso en aldeas incomunicadas por carretera a las que solamente se podía llegar a caballo o en burro. Podemos detenernos en uno de estos mítines que dio en una aldea del valle cántabro de Valderredible en el verano del año 1910, el cual motivó una posterior entrevista entre Herrera y el jefe de la oposición conservadora Antonio Maura –que el año anterior había salido de la presidencia del gobierno–. Ángel Herrera le expuso la situación del intenso caciquismo político de la zona, así como la falta de representación electoral de pueblos enteros de la región, como el de Polientes. Era escandaloso el hecho de que los varios miles de votos de la zona eran «administrados» y repartidos por el gobierno civil de la zona de acuerdo con el vergonzoso «turnismo» político entre conservadores y liberales. Es decir, que desde el gobierno civil se rellenaban las papeletas en blanco al margen de la decisión de los votantes.

Cuando se logró cambiar la situación en la zona tras la movilización que impulsó Herrera y otros partidos, los caciques emprendieron una campaña de represalias sobre los habitantes. Al regresar a Madrid, un joven Ángel Herrera de aún veinticuatro años, le exponía escandalizado la situación al viejo político Antonio Maura, el cual, lejos de sorprenderse señaló que esa era la situación habitual en muchos lugares de España y le añadió: «Aquí hay algo más que un problema político. Hay algo más hondo. Hay un problema social. Más le diría a Vd. Hay un problema religioso, un problema de formación de conciencias». Circunstancias como esta, que quedaron hondamente grabadas en su aún joven conciencia, como él mismo reconocería después, fueron las que le llevaron a recorrer su fuerte compromiso social hasta sus raíces políticas, y viceversa, a promover desde la política la mejora de las condiciones sociales de vida de las personas. En definitiva, a procurar elevar ambos planos: el social y el político, desde los valores morales y religiosos.

Otra anécdota semejante, que igualmente destaca en sus memorias, ocurrió cuando en 1912 una gran manifestación de campesinos venidos de Palencia invadió la madrileña Plaza de Oriente, junto al Palacio Real, para elevar ante el rey las protestas por su deplorable situación. No les dejaron entrar en Palacio, pero Ángel Herrera quiso reunirse con ellos para escucharles y tras oír el drama de la pérdida de cosechas y del insoportable azote de la usura caciquil, tomó la determinación de realizar un gran mitin

social en Palencia. Nuevamente los caciques y oligarcas de turno, de ideología conservadora, se movilizaron intensamente en contra del mitin católico-social llegando hasta a paralizar la salida de trenes. Aún así el mitin se celebró con tres mil asistentes –si bien los convocantes preveían unos doce mil–. Pero lo que es más importante, de allí nació la idea de crear la Confederación Nacional Católico Agraria (CNCA), con la ayuda de otros destacados líderes católico-sociales como Antonio Monedero y el P. Sisinio Nevares, SJ, y con varios de los compañeros propagandistas católicos de Herrera. La idea de la CNCA era la de ayudar a los campesinos a crear sindicatos, cooperativas y cajas de ahorro –conocidas como «cajas Raiffeisen»– en contra del caciquismo, la oligarquía y la usura reinantes; al tiempo que con ello se evitaba indirectamente que los campesinos cayeran en las sectas revolucionarias del radicalismo socialista y anarquista. En este sentido, los propagandistas de la CNCA realizaron una amplia difusión de la DSI entre las personas más humildes de la clase agraria española, una clase muchas veces olvidada por unos y por otros, ya que los socialistas, por herencia de Marx, preferían centrarse en las masas de obreros y trabajadores industriales. De los pequeños sindicatos católicos surgieron las federaciones y de la fusión de estas nació esta gran Confederación que algunos años después de su fundación en 1917 llegó a integrar unos 5.000 sindicatos y 600.000 afiliados, muy por encima del sindicato socialista UGT, que tan sólo tenía 200.000 y algo menos que el anarquista CNT.

Otra iniciativa importante, aunque posterior en el tiempo fue el Instituto Social Obrero (ISO), que se constituyó en 1932 y que desgraciadamente desapareció en 1936 con la Guerra Civil española. La idea era formar cuadros de dirigentes obreros, que defendieran los justos derechos de los trabajadores y que emprendieran por sí mismos el apostolado de sus propios compañeros obreros. Como decía Herrera, los propios obreros tenían que ser los primeros apóstoles de los demás obreros. Se trataba de crear «propagandistas obreros», pero que no se quedaran en el ámbito obrero, sino que pudieran llegar hasta a gobernar el país[27]. Se comenzó con cursos sobre temas sociales, economía, derecho, historia y técnicas de propaganda oral. Como el ensayo salió bien se dio el paso de crear una institución permanente en régimen de

27 *Conversaciones,* p. 209 y ss. También lo destaca Eguaras, s/p.

internado y con una cuidadosa selección en toda España de los obreros becados. Los alumnos aprendían no sólo del selecto claustro, sino también de las experiencias cooperativas y mutualistas con visitas *in situ*, incluso al extranjero donde entraban en contacto, por ejemplo, con las experiencias del movimiento cooperativista católico belga u holandés, con la Juventud Obrera Católica (JOC), así como con grandes figuras del catolicismo social europeo, como el P. Rutten, el cardenal Cardjin –creado cardenal el mismo día que don Ángel–, el P. Arendt, o Serraens, líder de la Internacional Sindical Cristiana. Para el desarrollo y dirección del ISO, Ángel Herrera dio con la persona idónea: Tomás Cerro Corrochano y como capellán, el futuro arzobispo, Pedro Cantero, quien convivía con los alumnos. A Herrera esta iniciativa le salía del corazón, o como dijo uno de sus colaboradores: «se le iba el alma detrás».

Dando otro salto en el tiempo, ya en su etapa de Obispo –por tanto posterior a 1947–, podemos destacar su compromiso con la reducción del analfabetismo en la provincia de Málaga, una de las más azotadas entonces por esta lacra. A este efecto creó, como explicaré más adelante, las que se conocieron como Escuelas-capilla rurales, con las que logró reducir el nivel de analfabetismo de la región a la mitad para pasar a colocarse entre las primeras regiones de alfabetización, habiendo estado entre las últimas. Creó en total unas 250 escuelas-capilla en cinco años, diseminadas por aldeas y pueblos perdidos de toda la provincia de Málaga. Junto a los equipos de maestras rurales –a las que se les autorizó desde Roma para distribuir la comunión–, enviaba un asistente social y una enfermera para procurar una atención integral de aquellos campesinos hasta entonces olvidados en las aldeas y cortijadas de la periferia rural andaluza. Un modelo concreto de lo que Pablo VI llamaría «desarrollo integral». Muchas más iniciativas sociales fueron impulsadas por Ángel Herrera, como la barriada de pescadores de Maliaño, o la barriada obrera de Carranque en Málaga, así como el Patronato benéfico de Santa María de la Victoria, entre un largo etcétera. Pero hemos seleccionado estas tres como simple ejemplo de lo que fue una vida entregada al apostolado y a la acción en el ámbito social.

El compromiso político por el bien común y la paz social

Ángel Herrera no tenía carácter de político, «no es ésa mi misión», decía. Aunque le interesaba la vida política no le interesaba «políticamente» la política, a él le interesaba la política en su dimensión moral, social y religiosa. Como decían personajes tan distintos como el anarquista Proudhon y el pensador español Donoso Cortés, detrás de todo problema político se esconde un problema religioso. Esto es lo que también vio Herrera en su época, como hemos expuesto en la anécdota de su mitin de 1910 en Valderredible. En este sentido, la lucha pacífica por la mejora social de las personas, o por los derechos y libertades de los católicos, exigía a veces llevar el compromiso hasta sus raíces y consecuencias políticas, y viceversa, y esto a su vez exigía una honda reforma de la conciencia moral y religiosa de la sociedad. De ahí que Herrera no limitara su compromiso a un único plano de acción, aunque es cierto que siempre intentó deslindar adecuadamente la actuación política de los otros campos de acción apostólica, y así lo procuró aplicar en las instituciones religiosas que dirigió (como Acción Católica o la ACdP), de modo que no se politizaran, ni mucho menos que se interpretaran en clave partidista. Por eso, cuando asumió la dirección de la Acción Católica, exigió y mantuvo su apoliticidad.

Su compromiso en actividades políticas fue muy limitado en tiempo e intensidad y generalmente intervino desde un segundo plano organizativo. De este modo, en 1922 promovió la creación del Partido Social Popular, que desapareció dos años después tras la Dictadura de Primo de Rivera y la creación de la Unión Patriótica.

Pero en 1931, ante el contexto intensamente laicista de la II República, promovió la creación de Acción Nacional –luego denominada Acción Popular–, que más tarde sería el embrión de la CEDA –con varios ministros católicos, como Gil Robles, Luis Lucia, Federico Salmón o Manuel Giménez Fernández–. Este partido se basó en los criterios del «accidentalismo» de las formas de gobiernos, principio defendido por León XIII –frente a los católicos integristas, que identificaban catolicismo y monarquía–, y del «posibilisimo», es decir, en

la idea de promover el máximo bien común posible dentro del acatamiento al poder constituido, pero sin prescindir de la búsqueda de las necesarias reformas ante las legislaciones injustas y lesivas de los principios sociales y cristianos. Era una actitud valiente y muy difícil de aplicar ante el tenso contexto político español, pero inequívocamente basada en los principios de la DSI de León XIII. Sin olvidar por supuesto los principios, para él irrenunciables, del catolicismo social, como el principio de la justicia social o el de la participación social en el bien común. Paradójicamente, y aunque especialmente en el campo socio-político luchó por la unión de los católicos, la defensa de estos principios pontificios, como el accidentalista, le valió no pocos sinsabores y amarguras entre diversos sectores católicos, a los que los principios de León XIII les parecían –muy equivocadamente– una capitulación ante el enemigo. El mismo acatamiento del gobierno de la II República, al que Herrera animó a los católicos desde las páginas de *El Debate*, sin que fuera en absoluto «plato de su gusto», fue un caso de ejemplar aplicación de los principios de León XIII en aras del bien común y de la paz social. Pero este mismo compromiso con el principio del acatamiento al poder constituido (de hecho) en aras del bien común, que le había llevado a acatar la laicista II República, le llevó a estar en contra del levantamiento militar del 18 de julio de 1936, pero a acatar su gobierno una vez que este se constituyó como autoridad. La exquisita aplicación por parte de Ángel Herrera de esta doctrina de León XIII es algo que ha sido malinterpretado en ciertas ocasiones.

Los principios éticos, sociales y religiosos defendidos y aplicados por Herrera al orden socio-político se han considerado como el origen de la primera «Democracia Cristiana» en España[28].

28 Sobre esto puede verse Óscar Alzaga, *Los orígenes de la primera Democracia Cristiana en España*, Ariel, Barcelona 1973.

Capítulo 5

Al servicio de la unión y vertebración de los católicos: la Acción Católica

Al comenzar el índice de la que iba a ser su inconclusa biografía, Ángel Herrera apuntó bajo el epígrafe dedicado a su etapa universitaria en Valladolid, una misteriosa alusión al «Año 1897». ¿Qué hecho le pudo parecer reseñable de aquel año? Puede que se tratara de un hecho histórico, como fue el asesinato del presidente del gobierno español, Cánovas del Castillo, pero es poco probable dada su corta edad entonces: once años. El único dato biográfico relevante de Ángel Herrera en 1897 que hemos podido encontrar es una anécdota que podría considerarse paradigmática y que nos revela su amigo y ayudante en *El Debate*, José Mª Sánchez de Muniaín –años después catedrático de Estética en la Universidad Central de Madrid–, en la que nos indica que precisamente desde ese año Ángel Herrera comenzó a ofrecer diariamente el rezo del rosario por «la unidad de los católicos», un tema que sería decisivo en su biografía personal y en su vocación espiritual. Veamos cómo lo narra Sánchez de Muniaín:

> No recuerdo si me lo contó a orillas del mar, recién llegado a Santander. Es un hecho curioso y sospecho que inédito. El caso fue que, siendo niño, oía hablar Ángel Herrera en su casa de las discordias entre los católicos y, contristado, comenzó a ofrecer el rezo del Rosario por la «unión de los católicos». Eso era en 1897, hace justamente cincuenta años. Claro que entonces no podía entender la causa de tales discordias, mas comenzó a aborrecerlas. Luego, día a día, ha seguido aplicando indefectiblemente el Rosario por la misma intención, aunque entendiendo cada vez mejor el apremiante y grave fundamento de aquella insigne preocupación infantil[29].

29 Sánchez de Muniaín, J. M., "Meditaciones sobre los valores ejemplares de Ángel Herrera Oria", Boletín de la ACNP, 1947.

En efecto, el problema de la (des)unión de los católicos estuvo no solo en su oración, sino que fue característico de su especial vocación, de su apostolado y de toda su biografía. Cuando comenzaron los mítines católicos hacia 1908 el ideal de Herrera era el de despertar la adormecida conciencia de los católicos y unirles en acciones conjuntas por el bien de la sociedad y de la Iglesia. Por ello, ya en la misma composición de muchos de estos mítines figuraban oradores católicos de diversas organizaciones eclesiales: congregaciones marianas, juntas de defensa católica, Acción Católica, etc. Más adelante, intentó la unión de los católicos en el ámbito político desde el impulso de un «programa mínimo». Sin olvidar su gestión al frente de *El Debate*, en el cual aplicó este principio de buscar siempre la unión, evitando entrar a polemizar con otros periódicos católicos, incluso cuando estos le atacaban directamente, como hacía a menudo *El Siglo Futuro* desde su posición integrista. Pero también para procurar desde sus páginas el apoyo a las distintas realidades eclesiales e iniciativas que contribuyesen a dicha unión.

En este ideal de buscar la unión de los católicos no podía ser menos su labor al frente de la Acción Católica, la cual estuvo marcada desde el inicio por ese objetivo fundamental, pero ahora de un modo formal e institucionalizado.

Como se decía en páginas anteriores, su cometido al frente de la Asociación Católica de Jóvenes Propagandistas desde 1908 tuvo como misión constitutiva la de impulsar la Acción Católica en España, comenzando por su rama de juventud, sección que se conocería como Juventud Católica Española (JCE). La Acción Católica española tuvo un momento pre-fundacional en 1881 cuando el cardenal Moreno promulgó las «Bases constitutivas de la Unión Católica de España», así como desde la creación de una Junta Central en 1888. Pero la Acción Católica no lograba arrancar en España. Por ello, hasta el propio Nuncio Vico y su sucesor Mons. Tedeschini, tomaron efectivamente como propia la tarea de impulsar en España la Acción Católica desde la Juventud Católica, al igual que había ocurrido en otros países europeos, como en Italia, donde había surgido en 1868, y cuya pujanza serviría además como modelo para la española. Este cometido, que

sería encomendando en 1908 al P. Ayala y a la ACdP, parece que sufrió alguna demora ajena a Herrera, pero se pondría en marcha a partir de 1920, con Herrera igualmente a la cabeza y bajo la ejecución de estrechos colaboradores suyos, como el Siervo de Dios Fernando Martín-Sánchez, fundador de la Confederación de Estudiantes Católicos de España (CECE), del Venerable Manuel Aparici, o el Beato Luis Campos Górriz[30]. En 1925, vemos nuevamente a Herrera en la Junta Central de Acción Católica y en 1932, la Junta de Metropolitanos –antecedente de la Conferencia Episcopal Española– acordó que: «examinadas detenidamente las condiciones que concurren en don Ángel Herrera, los reverendísimos metropolitanos juzgan en gran manera provechoso a la Acción Católica su nombramiento para el cargo de Presidente de la Junta Central». Este nombramiento se haría efectivo un año después, en 1933, fecha en la que dimitió de su puesto de director de *El Debate*.

Su gestión en la presidencia de Acción Católica fue breve, tan solo dos años, pero de una gran eficacia al lograr su vertebración e impulso definitivos, por lo que se ha dicho que él fue «el recreador en España de la gran Acción Católica de Pío XI» (Mons. Romero de Lema). En otras palabras, Ángel Herrera que había puesto los cimientos de la AC durante la organización de la JCE en los años 20, fue quien logró la consolidación definitiva de AC, cuando estuvo al frente de la Junta Central, a comienzos de los 30. En ambas etapas se valió de algo que consideraba crucial antes de emprender cualquier tarea –al margen, claro está del espíritu sobrenatural–: la de encontrar a la persona que lo desarrollara. Para Herrera no era importante únicamente realizar una planificación muy exhaustiva del proyecto, sino también, y casi de modo fundamental, el dar con la persona apropiada para darle vida. Por ello, como no tenía afán de dirigismo centralizador, a menudo daba el impulso inicial a la iniciativa y ponía al frente a una persona que consideraba especialmente capacitada para ello, tanto por su espíritu sobrenatural como por sus talentos y capacitación. A partir de ahí aplicaba el principio de subsidiariedad, sabiendo retirarse y delegar en la persona seleccionada, y quedando en un segundo

30 Véase, Chiaki Watanabe, *La Asociación Nacional de Propagandistas y la Juventud Católica Española*, 2003, p. 132 y ss.

plano de supervisión, consejo y ayuda. Así hizo, por ejemplo, con la Confederación de Estudiantes Católicos y el Siervo de Dios Fernando Martín-Sánchez, que le sucedería al frente de los propagandistas católicos y con otras diversas iniciativas apostólicas por él impulsadas. Otras veces le costaba más desprenderse de su criatura y delegar completamente en la persona dirigente.

Los tres años de su presidencia de Acción Católica fueron un periodo relativamente breve, pero muy fructífero, en el que además relanzó las Semanas Sociales de España, creó el Instituto Social Obrero (ISO), el Centro de Estudios Universitarios (CEU), los Cursos de Verano del Colegio Cántabro, puso a andar la «Casa del Consiliario», de la que salieron varios obispos, entre ellos, Mons. Casimiro Morcillo o el cardenal Tarancón. En esta Casa del Consiliario reunió a un grupo escogido de sacerdotes, que eran ya Consiliarios diocesanos de la Acción Católica española. Ángel deseaba la intensa formación homilética y en Doctrina Social Pontificia de este grupo sacerdotes. A este efecto, entró en contacto por entonces con San Josemaría Escrivá de Balaguer para pedirle que le ayudase a preparar a este grupo, pero el sacerdote aragonés le manifestó que ya estaba comprometido con el desarrollo del *Opus Dei*.

El mismo cardenal antes citado afirmó sobre este periodo de Ángel Herrera al frente de Acción Católica lo siguiente:

> [...] el año 1935, la Acción Católica era en España una espléndida realidad. Cuando Ángel Herrera dejó la presidencia para preparar su ordenación sacerdotal, la Acción Católica ya estaba consolidada. Y había conseguido un primer fruto importantísimo: despertar la conciencia eclesial de los seglares cristianos [...]. Ángel Herrera había cumplido perfectamente la misión que le encargó la Junta de Metropolitanos y la misma Santa Sede[31].

31 V. E. Tarancón, *Recuerdos de juventud*, Barcelona p. 171.

Capítulo 6

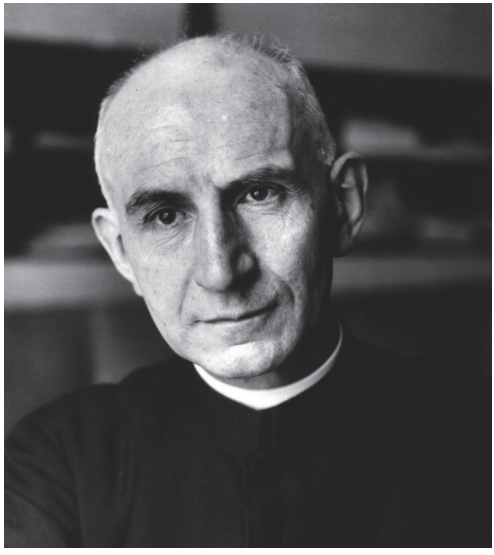
Ángel Herrera, sacerdote

> En algunos casos para rescatar la oveja puede bastar el que llegue la palabra por radio al oído del pecador distante, con que entre la onda en el secreto de la intimidad familiar o alcance a los campesinos, que en las colonias o en los campos están atentos a la palabra del sacerdote. Mas, de ordinario, no basta ésto, ni por tal llegamos al fin deseado. No está aún la oveja sobre los hombros. El ministerio del rescate, a que alude la parábola, es un ministerio de amor, de hombre a hombre, de alma a alma, de corazón a corazón...
>
> *Ángel Herrera, homilía en el Día del Seminario de 1962*

A pesar de que Ángel Herrera llevó a cabo una fructífera presidencia de Acción Católica, pocos años después abandonaría esta trascendente dedicación. ¿Qué pudo llevarle a esta determinación? Solamente una causa aún más grande: la de acoger su vocación sacerdotal. En septiembre de 1935 también abandonaba su presidencia de la ACdP en manos de su fiel colaborador y amigo el Siervo de Dios Martín-Sánchez Juliá, el cual ya sufría los devastadores efectos de una esclerosis, que en poco tiempo lo había dejado paralizado de cuello para abajo, pero aún así continuó con su labor apostólica hasta el fin de sus días.

Una vez que ya no estaba al frente de estas dos importantes asociaciones apostólicas, Herrera pudo iniciar sus estudios filosóficos y teológicos de preparación al sacerdocio, para lo cual pasó varios años en la Universidad Católica de Friburgo, en Suiza, adonde llegó el 10 de mayo de 1936. Allí pasó varios cursos, los trágicos años de la Guerra Civil española, cuyas noticias le llenaban de un gran dolor. Esta guerra fraticida significaba entre otras muchas cosas un cierto fracaso de todo aquello por lo que él había luchado durante décadas y por si fuera poco, una

parte importante de sus amigos de Acción Católica o de la ACdP murieron asesinados por el mero hecho de ser católicos, como el Beato Luis Campos Górriz. Pero lejos de caer en la desesperanza decidió continuar a su regreso a España con sus proyectos de evangelizar la sociedad, de crear instituciones, que pusieran en práctica la justicia social y la caridad para evitar que pudiera volver a producirse una tragedia similar.



Herrera Oria, sacerdote en Santander

A estos ideales de siempre les añadió la novedad de su intensa preparación para la predicación homilética, como transfiguración litúrgica de su antigua vocación de apostolado público en mítines y conferencias sociales católicas. A los pocos años consiguió completar los estudios que le conducirían a su ordenación sacerdotal, que se produjo el 28 de julio de 1940 en la Capilla del Seminario de San Carlos, presidiendo la ceremonia Mons. Hilaire Felder, Obispo de Geras. Pero hay que reconocer que no le había resultado tan sencillo llegar hasta esta anhelada situación.

En realidad, su vocación al sacerdocio le había acompañado siempre, como él mismo nos indica en un fragmento de sus memorias:

> Mi vocación [al sacerdocio] no tiene historia... Siempre pensé en hacerme sacerdote, cuando el Señor me dejara libre de las actividades apostólicas de tipo seglar, en que por su voluntad me vi metido. Sin duda influyó mucho el ambiente familiar. Cuatro hermanos míos han fallecido en la Compañía de Jesús[32].

Por otro lado, según afirma el líder del catolicismo social obrero Julián Gómez del Castillo, que fue alumno suyo en la Escuela social de Santander: «Él me confió muchas veces que siempre tuvo vocación religiosa, que había querido seguirla incluso antes de hacer oposiciones a abogado del Estado (antes, por tanto, de sus veintiún años) y que fue la insistencia de los nuncios en contra la que le hizo seguir el apostolado seglar hasta que le autorizaron»[33]. Esto significa que podemos rastrear su vocación al menos hasta 1907, que fue cuando comenzó a preparar sus oposiciones.

Dicha vocación, que no era ninguna novedad para sus más íntimos, la hizo pública en *El Debate* en 1931, según narra en uno de los fragmentos de sus memorias:

> Lo manifesté por primera vez a mis amigos el 11 de abril de 1931. Nos hallábamos en la redacción de *El Debate* [...]. Yo le dije a uno de mis amigos: «Voy a dejar la dirección de *El Debate*». Le costó creerlo. Trató de disuadirme. Le expliqué el motivo. «Voy a ordenarme sacerdote. Quiero emplear el resto de mi vida en predicar el Evangelio. Mi ilusión es la predicación homilética»[34].

Vemos que por obediencia a la Jerarquía de la Iglesia y a las necesidades de la Iglesia, tuvo que posponer su deseo de acoger la vocación al sacerdocio. Los que se oponían a ello, además de algunos amigos y consejeros, eran ni más ni menos que el nuncio Tedeschini, el cardenal Vidal y Barraquer y una parte importante de los Obispos españoles, los cuales, a causa de su especial valía, querían que siguiera al frente de la Acción Católica. Aunque algunos atribuían equivocadamente la decisión del sacerdocio a un «cansancio en la lucha», los prelados más cercanos reconocían su vocación, pero consideraban que «no era llegado el momento de seguirla», pues las circunstancias de la Iglesia española reclamaban sus especiales cualidades. De hecho, tal era la insistencia de estos y otros

32 Ángel Herrera, *Obras Completas*, BAC, Madrid, vol II. p. 451.
33 Citado por García Escudero, *De periodista a Cardenal...*, p. 192.
34 *Memorias*, *op. cit.* p. 56.

prelados que Ángel Herrera tuvo que acudir a la intercesión y consejo ni más ni menos que del papa Pío XI, ante el que solicitó audiencia para exponerle este «dilema de su vida». Al enterarse de la visita y el objeto de la misma, tanto el nuncio como el cardenal Barraquer enviaron sendas cartas para procurar que el Papa lo mantuviera al frente de la Acción Católica, pues según afirmaba este último: «Difícilmente se encontrará quien pueda sustituirle que reúna las cualidades de que Dios le ha adornado: competencia, conocimiento de personas, prestigio, celo, piedad, actividad, proselitismo, prudencia»[35]. Finalmente, Herrera fue recibido por el papa Pío XI tras solicitar audiencia a través de Mons. Pizzardo. Por el interés del suceso voy a reproducir la narración que nos hace el propio Herrera de esta peculiar audiencia privada:

> Mañana, a las 9:30h, me dijo Monseñor. Exponga sin prisas. El Papa lo desea. Después de besar el anillo del papa, accediendo a su invitación, me senté. El Papa guardó silencio. Pasados algunos segundos le dije: «Si Vuestra Santidad me permite...» «Sí, sí –me cortó–. Para eso le concedo la audiencia. Exponga detenidamente todas las circunstancias». Cosa de media hora duró mi exposición. Pío XI con los ojos bajos permaneció inmóvil. Yo callé. Pasados unos instantes, levantó el Papa los ojos y los clavó en mí. «¿Ha terminado usted?», me dijo. «Sí, Santo Padre». Y sin dejar de mirarme, con impresionante seguridad y firmeza, me dijo: «Eso es clarísima vocación de Dios. Y cuando Dios llama se deja todo y se le sigue»[36].

Este apoyo del Santo Padre le allanó el camino, aunque todavía le costó un poco más vencer las últimas resistencias amigas en el camino de su vocación al sacerdocio. Este apoyo papal, le allanó sin duda el camino. Al poco tiempo participó en unos Ejercicios Espirituales de mes completo celebrados en enero de 1936 por el P. Morán S.J. en una residencia de jesuitas de Entre-os-Rios (Portugal), donde se refugiaron los religiosos de la provincia de León tras la disolución de la Compañía decretada por el gobierno de Azaña. Allí fue donde su vocación se vio confirmada definitivamente y donde tomó la resolución concreta de marchar a Suiza, como él mismo recoge en los fragmentos de sus memorias.

35 Carta de 4.VI.1935, en Archivo Secreto Vaticano NM, 956, tit. XI.

36 Á. Herrera, *Memorias*, p. 55.

Volvamos, pues, a Friburgo, después de este breve paréntesis sobre su vocación sacerdotal. Durante su referida estancia en Friburgo, como era de prever, no se limitó a cursar las asignaturas, sino que aprovechó para organizar un Círculo de Estudios centrado en el magisterio pontificio sobre la Acción Católica, cuyas reuniones tuvieron una importante resonancia en la ciudad y al que asistieron participantes de muy diversas nacionalidades[37].

Al regresar de Friburgo hacia finales de 1940 después de su ordenación y ya concluida la guerra, el presbítero Herrera tuvo ciertas dificultades para entrar en la España, ya que muchos recordaban su postura, basada en León XIII, en defensa del acatamiento al poder constituido de la República. No es que Herrera fuera en absoluto afín a dicho régimen, que tuvo mucho de anticlerical y poco de auténticamente democrático, pero su fidelidad al Magisterio de la Iglesia era inquebrantable. A su juicio, de esta doctrina del acatamiento al poder constituido dependía la paz y el bien común de la nación, por ello en *El Debate* se publicó bajo su dirección el famoso editorial de abril de 1931 de acatamiento de la República, pero de combate pacífico de sus eventuales leyes injustas. Además, por coherencia con la misma doctrina pontificia, Ángel Herrera se manifestó inicialmente contrario al levantamiento militar de julio de 1936, aunque con el tiempo aplicó la misma doctrina de «acatamiento al poder constituido de hecho» hacia dicho régimen. Ante estos hechos y pese a gozar de un amplio reconocimiento, su regreso a España no fue sencillo. De hecho tuvo que ir primero a Pamplona donde le hospedó el Obispo Marcelino Olaechea hasta que pudo obtener un salvoconducto. Por cierto, que en estos años *El Debate* había sido clausurado por el Régimen y solo se permitió que continuara saliendo al hermano pequeño de este, el diario *Ya*, que también fue cofundado por él, junto con su hermano Francisco.

37 Lo narra el propio Herrera en sus memorias, así como Eguaras y Mons. Romero de Lema –que le acompañó– en *Conversaciones*... p. 437.

Residencia sacerdotal de Maliaño, frontal y patio trasero

A su regreso a España, el primer destino en el que desempeñó su magisterio fue la parroquia en la que fue bautizado: la parroquia de Santa Lucía, en Santander, que ejercía como catedral tras haberse quemado la catedral original en un gran incendio que devastó buena parte de la ciudad. Allí ejerció de coadjutor, fundando además una barriada pesquera, una Escuela Obrera de Aprendices, la Residencia sacerdotal en el barrio pesquero de Santander y creando un pujante grupo de jóvenes católicos con vocación social y política, que décadas más tarde tendrían una participación decisiva en la Transición española a la democracia.

La Escuela Sacerdotal de Maliaño iba a fundarse inicialmente en 1945 pero un importante viaje de mediación «pastoral» de Herrera en Roma, Lausana y Lisboa para entrevistarse con Pío XII, don Juan y Gil Robles, lo retrasó hasta principios de 1946. En este importante viaje, seguramente comisionado por su discípculo, el entonces Ministro de Asuntos Exteriores Alberto Martín-Artajo, trató con el Papa en Roma tres cuestiones: la reforma social de España, la benignidad con los vencidos de la Guerra Civil y la necesidad de desarrollar en España un «Estado de Derecho» –cuestión esta última que preocupaba mucho a Herrera en estos años–. También se trató la cuestión de la restauración de la monarquía y del papel de don Juan –en 1945–, con quien se entrevistó a continuación en Lausana, así como con la reina Victoria Eugenia. Se entrevistó igualmente con Gil Robles en Lisboa para intentar que este reorganizara un gran partido de la democracia cristiana, aunque obtuvo una áspera negativa por parte del que había sido su discípulo años atrás en *El Debate* y en política.

Ángel Herrera Oria con Pío XII

En la Residencia Social Sacerdotal fundada por don Ángel Herrera, él formaba con ahínco a los jóvenes sacerdotes, sobre todo en los aspectos homiléticos y de Doctrina Social de la Iglesia. La Residencia estaba en el humilde barrio pesquero y vivían con gran austeridad. Por ejemplo, no disponían de radio ni de teléfono, pues don Ángel decía que no era necesario por lo que cuando no había más remedio que usarlo tenían que salir a un almacén de carbón, situado a unos doscientos metros de la Residencia. Según nos lo narra uno de los sacerdotes acogidos en la Residencia y futuro secretario suyo, don José Mª Eguaras: «La vida en la Residencia era austera. Prudentemente austera y no inhumana, ni mucho menos. La vida de don Ángel en la Residencia era en todo igual que la nuestra. Salvo en la hora de levantarse y acostarse. Era el primero en levantarse y el primero también en retirarse y acostarse». A esto se añadía que se levantaba a media noche para hacer una hora de oración con el objeto de «imitar a Jesucristo que oraba en la noche». El mismo P. Eguaras, nos cuenta cómo descubrió esta peculiar costumbre de piedad que el P. Ángel llevaba años practicando y que mantendría durante el resto de su vida:

Era habitual en él una práctica piadosa, que me impresionó al enterarme de ella. Fue la primera noche de mi estancia en la Residencia. A medianoche oí un ruido extraño. Algo así como una sirena pequeña muy suave o como el chirrido de una puerta que se abre y se cierra. No le di importancia. Y la segunda noche, igual. El mismo ruido. Y la tercera y... Ya no pude más. Comuniqué a los compañeros y se echaron a reír diciendo ¡es la dinamo de don Ángel, que baja a la Capilla a media noche para hacer una hora de oración! [...] Efectivamente. Don Ángel tenía una linternita de dinamo y al apretar el botón de la dinamo se producía el «ruidillo» misterioso. Una hora entera pasaba arrodillado en la tarima del Altar, frente por frente del Sagrario[38].

Intentó extender esta costumbre de rezo nocturno en otros sacerdotes de Santander y de Málaga, pero parece que en la difusión de esta ascética práctica devocional –tan unida a su condición de adorador nocturno desde 1903–, no obtuvo demasiado éxito[39].

Cárcel de la calle Alta, Santander

Otra actividad social y apostólica de su etapa en Santander fue la de la visita a las cárceles. Allí, junto con la ayuda de una ejemplar monja Mercedaria de la Caridad emprendió con los presos una labor de escucha, acompañamiento y apoyo en diversos aspectos. Es destacable el hecho de que gracias a su autoridad logró interceder para que se indultara a varios presos condenados a muerte. Sin embargo, en

38 Ibídem.

39 Esto recordaba con cierta sonrisa uno de sus colaboradores en Málaga, el P. Echamendi, en el vídeo biográfico sobre D. Ángel titulado *Ángel Herrera. Un apóstol en la vida pública.*

uno de los casos no logró el anhelado indulto y además el condenado mantenía en los días previos a su muerte una actitud de silencio y de total rechazo hacia la fe y los sacramentos. El P. Herrera se acercó a él compasivamente para atenderle en aquellos últimos momentos, no sin antes preocuparse por averiguar cuál era su pueblo y por buscar una imagen del Cristo de su iglesia, pero dejo que él mismo nos narre lo que ocurrió en aquella trascendente conversación:

> Me contó, después de mucho rogar, cuál era su pueblo y poco más, a saber: que de niño fue a la Iglesia, pero que no quería saber nada de ella. Traté de convencerle, hablándole nuevamente de la Virgen y de Jesucristo. Escuchaba el amigo con cara seria y disgustada. Saqué entonces de mi cartera la estampita que había recibido de la M. Superiora y se la dí. La miró ... me miró y echó un grito con lágrimas en los ojos: ¡Mi madre!... ¡El Cristo de mi pueblo! Y nos pusimos a hablar del «Cristo de su pueblo». Terminó llorando y confesando. Le dí después la Comunión y me marché. Al día siguiente me llamó la Madre y me dijo: «don Ángel, esta madrugada [le] han ejecutado. Ha muerto con la estampita del Cristo en su mano y lleno de paz».

Otra importante actividad en Santander fue el Círculo de Jóvenes de Acción Católica. Se reunían los sábados por la tarde en su austera casa familiar y tenía como finalidad el análisis y estudio de los problemas sociales a la luz de la Doctrina pontificia. Varios de estos jóvenes estarían llamados a ser años después importantes hombres públicos, como por ejemplo, el futuro ministro de Hacienda, Eduardo Carriles, o Alfonso Osorio, que llegaría a ser ministro de la Presidencia y vicepresidente del Gobierno de Adolfo Suárez durante la Transición española. Según nos dice el propio Osorio sobre este periodo: «don Ángel conmocionó Santander» con la fuerza y convicción de sus pláticas y con su «amor a los humildes». Poco más adelante añade: «Por eso en las ocasiones en que alguien me ha preguntado si, a lo largo de mi vida, he conocido a un santo, siempre contesto de la misma forma: sí, a don Ángel Herrera»[40].

Don Ángel como sacerdote seguía manteniendo su ejemplar austeridad en el vivir, como haría siempre. Una anécdota de estos años de sacerdote nos muestra que cuando viajaba lo hacía con billetes de tercera, junto con las clases más humildes, en vez de hacerlo siquiera

40 En *Conversaciones sobre Ángel Herrera, op. cit.*

en segunda. Nos narra la curiosa anécdota el párroco de la iglesia de San José, de La Coruña, quien fue en 1945 uno de los protagonistas:

> En el mes de junio de 1945, don José Cerviño y yo nos encontrábamos en el *hall* de la estación de ferrocarril de Bilbao, cuando un sacerdote ya entrado en años, humildemente vestido, que antes de que nos acercásemos a él ya nos había levantado el sombrero para saludarnos, vimos que sacaba un billete de tercera, mientras que nosotros, sacerdotes de estreno y amantes del decoro, nos disponíamos a adquirir billetes de segunda. Amigo mío, aquí tuve ocasión de aprender una lección humildad. Un caballero, que estaba a nuestro lado, quizá ofendido por la escasa atención que le habíamos prestado a aquel «curita» de aldea, nos dijo: ¿conocen a ese sacerdote? Es don Ángel Herrera. Al escuchar estas palabras, la turbación se apoderó de nuestro ánimo. Se evaporó el billete de segunda e hicimos lo posible por ir durante aquel viaje al lado de nuestro querido don Ángel»[41].

Por otro lado, su formación homilética desde Friburgo y la intensa preparación de cada homilía durante toda la semana previa –nunca improvisaba–, daba sus frutos. Las famosas misas de una que él tenía asignadas en la parroquia de santa Lucía se llenaban de fieles hasta el punto de que había que poner sillas y altavoces fuera de la iglesia, asistiendo a ella incluso personas que habían abandonado la práctica religiosa, o que ya habían oído misa en otras iglesias. El papa Francisco ha dado una gran importancia a la homilética y a su preparación en su bella exhortación *Evangelii gaudium*, donde se puede leer: «La preparación de la predicación es una tarea tan importante que conviene dedicarle un tiempo prolongado de estudio, oración, reflexión y creatividad pastoral» (EG 145). No hay duda de que don Ángel puso mucho de cada una de estas cosas en cada una de sus homilías.

Otro dato anecdótico sobre estas homilías es que en ellas, gracias a su cultivada memoria desde sus años de opositor, comenzaba su homilía declamando de memoria todas las lecturas sagradas –la liturgia de la Palabra–, pero esta vez en español, ya que como es sabido, antes de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II el pueblo las oía en latín. De este modo, lograba acercar aún más la Palabra de Dios a su pueblo, como después haría el propio Concilio al reestablecer la

41 Testimonio de José Lamas Pallás en *El Ideal Gallego* y recogido en el BACNP, nº 793, 15.II.1965, p. 4.

liturgia en las lenguas vernáculas. No es de extrañar que sus homilías lograran tan potente resonancia en el alma de los santanderinos y posteriormente aún más, si cabe, en la de los malagueños.

Capítulo 7

Obispo en Málaga

> Un cristiano es una lámpara en la que arde la Palabra de Dios. A nosotros, los Obispos, está encomendada la misión insustituible de sembrar, cual centellas encendidas, las palabras del Evangelio, para que sea cada día mayor el número de almas-lámpara, de luminarias encendidas y brillantes en medio de la noche de paganía, que se cierne sobre el mundo contemporáneo[42].
>
> *Mons. Ángel Herrera*

El 3 de mayo de 1947 fue nombrado obispo de Málaga. La consagración como obispo fue en Santander, oficiada por el Nuncio del Papa, Mons. Cicognani, el obispo de Santander, Mons. Eguino y Trecu, y Mons. Hervás. Pero a punto estuvo de suspenderse el acto ya que en los días anteriores estuvo en cama debido a una grave infección de una fístula de rodilla que contrajo por permanecer tanto tiempo rezando, afección que de hecho es conocida precisamente como «rodilla de monja». Pocos días después del acto hubo que intervenirle quirúrgicamente, ya que solo con ponerse de rodillas manchaba el cojín de sangre. Para poder resistir durante la ceremonia, recibió una medicación calmante del dolor. Aún así, tras el solemne acto de consagración, no quiso privar a su pueblo santanderino del besamanos por las calles adyacentes, que entre los vítores de júbilo popular se extendió inusualmente durante tres horas y que el nuevo Obispo no quiso acortar ni un minuto.

42 Ángel Herrera, «Al entrar en la diócesis de Málaga» (1947).

Consagración episcopal en Santander, 30.VI.1947

Entre la consagración episcopal y la llegada a su nueva diócesis de Málaga transcurrieron varios meses de preparación. Durante este tiempo, se centró en la oración y asimismo en lo que hoy llamaríamos «planificación pastoral». Aunque dejando los preparativos más técnicos a uno de sus sacerdotes de Maliaño, el P. José Mª Eguaras, que sería nombrado su secretario particular en la diócesis de Málaga. En ese transcurso de casi cuatro meses hasta su salida definitiva hacia Málaga ocurrió que falleció la humilde asistenta doméstica que había atendido el hogar y a la familia Herrera Oria durante toda su vida, acompañándola fielmente en Santander, Valladolid y Madrid. Se llamaba Carolina Sobremazas Serna y era casi otro miembro de la familia. De hecho, cuando nombraron Obispo a don Ángel ella dijo: «Yo le pido al Señor que me lleve con Él antes de que el señorito –como le llamaba desde niño– se vaya...». Parece que el Señor la oyó pues ella falleció en julio de 1947 y don Ángel abandonaba Santander en septiembre. Pero, por expresa voluntad de don Ángel, ella fue enterrada en el panteón familiar de los Herrera, en el cercano pueblecito de Renedo, donde estaban enterrados sus padres, hermanos, abuelos y bisabuelos.

Además, él mismo celebró, ya como obispo, el funeral y sepelio, acompañando personalmente la comitiva fúnebre hasta el propio Renedo. A su otra hermana, Lola, que también asistió a la familia durante años, le cedió el uso de la casa familiar de los Herrera en Santander mientras la necesitase, a lo cual accedieron los otros hermanos Herrera Oria.

Ángel Herrera con la asistenta que le cuidó desde niño, Carolina Sobremazas Serna

En su viaje hacia Málaga se detuvo unos diez días en Madrid, en los que aprovechó para visitar a sus antiguos amigos, los propagandistas, manteniendo reuniones con algunos de ellos –ya ministros–, celebrando actos religiosos en la sede de los periódicos que había fundado, etc. Pero lo más curioso es que aprovechó para hacer una visita a Alejandro Lerroux, célebre político republicano que llegó a presidir el país y que había sido un furibundo anticlerical en sus primeros tiempos. Aquel viejo político, en su juventud fue uno de los inductores de los disturbios anticlericales de la Semana Trágica (Barcelona, 1909) y había arengado a las masas revolucionarias exclamando frases como: «[...] destruid sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo a las novicias y elevadlas a la categoría de madres para virilizar la especie [...]».

Panteón de la familia Herrera, Renedo (Cantabria)

Pues bien, a este antiguo revolucionario radical de antaño le sacó don Ángel al cabo de aquella amistosa visita la promesa de rezar cada día tres avemarías, compromiso que según confesaba años después el propio Lerroux, seguía cumpliendo sin falta: «Sr. Obispo: he cumplido lo que le prometí. Ni un sólo día he dejado de rezar las tres Avemarías». No fue el único testimonio del cumplimiento de esta promesa[43].

Llegada a Málaga de Ángel Herrera Oria

43 Lo recoge el P. Eguaras en su biografía s/p. También aparece en García Escudero, *De periodista a cardenal*, BAC Madrid 1998, p. 387. En esta el testigo por boca de Lerroux es Natalio Rivas, que la recoge por escrito.

Orationi et ministerio verbi

Desde Madrid fue a Granada, donde el obispo de la ciudad, anterior obispo de Málaga, Mons. Balbino Santos, le puso al corriente de la que ya era su diócesis malagueña.

Su llegada a Málaga, el 12 de octubre de 1947, fue igual de apoteósica, si no más, que su consagración en Santander. Las muchedumbres llenaban las calles y plazas hasta la propia catedral. Nos narra el P. Eguaras el contraste entre el obispo señorial del norte español con el recibimiento propio de las gentes andaluzas del Sur de España:

> ¡Dios mío, qué barullo! Campanas, cohetes, música, vivas, aplausos... Don Ángel, con su rostro blanco como el pluvial que vestía, serio con una ligera sonrisa, sin descomponer su figura de «pontífice», mirando a derecha e izquierda, fue avanzando al ritmo de la procesión. Majestuosa, solemne, ordenada, muy ordenada. Sin gritos ni alborotos. Sin más gesto del Obispo que las bendiciones que impartía a derecha e izquierda.

Al entrar en la catedral ocupó la cátedra episcopal e hizo la ritual Profesión de Fe y el Juramento consiguiente de fidelidad. A ello le siguió el primer sermón, de carácter programático, que basó sobre la alegoría del Buen Pastor: «Vengo en nombre del Buen Pastor», comenzó diciendo, para a continuación desvelar uno de los objetivos fundamentales de su episcopado: la predicación. Al pie de su escudo episcopal, figuraba el lema, tomado de los Hechos de los Apóstoles: *Orationi et ministerio verbi*, que ya nos permitía adivinar un plan pastoral centrado en la predicación y que desarrollaría en cuatro frentes principales: homilética, catequética, ejercicios espirituales y predicación social. A su vez insistió en la necesidad de que la predicación estuviera unida a la oración, muy centrada en su caso en la espiritualidad ignaciana y de Santa Teresa de Jesús. «Más fruto hará el predicador corto en letras pero asiduo en la oración, que el sabio teólogo abandonado y frío en el trato directo y familiar e íntimo con Dios», dijo. «Por eso figura en mi lema, la oración antes que la predicación». Ante todo lo cual, afirma:

> El primer deber de los pastores, enviados por el Sumo y Eterno Pastor, es conocer a Cristo, como Cristo conoce al Padre. Y del conocimiento y amor de Cristo

se derivará el conocimiento y amor de las almas que Cristo les confía. El conocimiento y amor de Cristo dará al Pastor virtud y fortaleza para entregar su vida por sus ovejas. Por lo cual, mis queridos hijos, tanto más cerca estaré de vosotros cuanto más cerca esté de Cristo. Tanto más intensamente os conoceré cuanto más conozca a Cristo. Y tanto más os amaré cuanto más ame a Cristo.

Llegada a Málaga del obispo Á. Herrera (1947),
desde el santuario de la Virgen de la Victoria a la Catedral

En este tema de la importancia «vital» que le daba a la oración, recurro nuevamente a un magnífico párrafo del padre Eguaras donde nos describe el modo en que oraba Ángel Herrera:

> Carezco de título para adentrarme en la espesura de la intimidad de la oración de don Ángel. Únicamente he sido testigo de muchos ratos en los que he podido contemplar cómo oraba don Ángel. En Málaga, en Madrid, en Santander. Lo vi muchas veces en su oratorio privado. Unas veces, erguida la cabeza. Otras, inclinada. Unas hacia abajo, otras a uno u otro lado. Era muy frecuente que cerrara los ojos en su oración y que en su rostro se reflejara una sonrisa a labios cerrados. A las veces, un ligero movimiento de cabeza y, casi siempre, quieto, muy quieto. No sé yo definir cómo es o debe ser el rostro de un místico. Tampoco, si ese fenómeno observado en don Ángel tuvo algo que ver con la mística. Creo, sin embargo, poder afirmar que el rostro de don Ángel en la oración se iluminaba de vez en cuando y daba la impresión de que sentía gozo y deleite interiormente. Lo he visto con mis ojos. Nadie podrá convencerme de que no era la presencia de Dios que se apoderaba de él y lo colmaba de luz[44].

44 José Mª Eguaras, *Ángel Herrera Oria, biografía testimonial* (en prensa), p. 203

Por tanto, y como era de esperar, el reciente obispo Herrera volvió a considerar las homilías uno de los puntos centrales de su misión pastoral, junto con las iniciativas sociales. Así, al poco de llegar a Málaga, logró incluso superar la repercusión de sus homilías de Santander. Con una catedral abarrotada, sus homilías dominicales de la misa de una eran seguidas en directo por todo el pueblo gracias a las emisiones de Radio Nacional de España en Málaga. Si como dice el papa Francisco: «La homilía es la piedra de toque para evaluar la cercanía y la capacidad de encuentro de un Pastor con su pueblo» (EG, n. 135), el encuentro de don Ángel con su pueblo no podía contener mayor entrega por su parte como pastor, ni mayor seguimiento por parte de este como pueblo. No es de extrañar que Mons. Rafael González Moralejo –quien fuera ayudante suyo en Santander y en la Escuela Social Sacerdotal de Málaga– cuando hablaba de la relación de Ángel Herrera con el pueblo de la diócesis malagueña, dijera:

> Tuvo una popularidad enorme. Para los malagueños llegó a ser un verdadero mito. Sus predicaciones en la catedral, propagadas por la radio, tuvieron un eco formidable. Poco a poco se convirtió en un ídolo del pueblo obrero, rural y marinero[45].

Toma de posesión como Obispo de Málaga

45 Rafael González Moralejo en *Conversaciones...*, p. 290.

En las preceptivas visitas pastorales por distintas parroquias lo primero era la visita al Santísimo, pero después pedía visitar al menos a tres familias pobres en sus propias casas porque decía que después de visitar el Señor visible en el Sagrario también quería «visitar a Jesucristo representado en los pobres». De hecho, cuando entraba en aquellos hogares de alguna familia humilde se quitaba el sombrero prelaticio, pero no tanto como acto de cortesía, sino como acto reverencial, pues como decía él mismo: «Al llegar a su casa, me quitaré el sombrero, como me lo quito al entrar en la Iglesia. La casa de los pobres es también la casa del Señor[46]». Su sacerdote secretario, concluía de estas y otras actuaciones similares lo siguiente: «Me parece que con lo dicho es suficiente para que veamos en él a un "Obispo de Dios", que pasaba por los pueblos hablando de Jesucristo y obrando como Él...».

Ángel Herrera visita la casa de una familia humilde en Málaga

Junto a la predicación y la acción pastoral, como hombre que era experimentado en la organización y liderazgo empresarial, reformó la Curia diocesana formando una eficaz junta de gobierno. Como dice uno de sus ayudantes entonces:

46 José María Eguaras Iriarte, *Ángel Herrera Oria, biografía testimonial (1945-1968)*, CEU Ediciones, Madrid 2019.

> Quiso cambiar la vieja Curia, de pequeños tapujos y cubículos cerrados, con papeles, papelitos y papelines, en una entidad operativa más eficaz y pastoral [...]. Logró hacer una Curia abierta, con oficinas corridas, cristal y visibilidad, como eran entonces las oficinas de entidades públicas y bancos, sin recovecos ni escondites[47].

A ello añadió el fichaje de seglares expertos para trabajar con el clero en sus respectivas especialidades de economía, asesoría jurídica, etc., algo poco frecuente en la organización eclesial preconciliar.

Asimismo, atendía personalmente con frecuencia semanal las visitas de los fieles de la diócesis, muchos de ellos pobres que buscaban alguna ayuda económica, para los cuales el Obispo montó una oficina de estudio de dichas necesidades, aunque parece que no tuvo mucha continuidad por la imposibilidad de atender la enorme afluencia de personas que acabaron asistiendo a ella. Pero siempre permaneció muy atento a las necesidades sociales y materiales de las personas de su diócesis buscando o inventando los medios a su alcance para resolverlas.

Igualmente, «transformó el Seminario a partir de 1948»[48], principalmente renovando a los responsables y el plan de estudios teológicos que se impartían en el Seminario, incluyendo en ellos la materia de Homilética, así como en la Residencia o Escuela Sacerdotal, que fue como una continuación del Seminario –a la que después me referiré–. De hecho, su reforma del Seminario y la implantación de la Escuela-Residencia Sacerdotal le valió una carta de felicitación de la Sagrada Congregación de Seminarios de la Santa Sede, tras una visita canónica. Su amor por el sacerdocio le llevó a poner un especial cuidado en todo lo relativo a la formación sacerdotal en el Seminario, así como a su vinculación con las parroquias. E hizo del Día del Seminario un acontecimiento de participación de todos los fieles, logrando unas colectas económicas inauditas en las Campañas Pro-Seminario[49]. Inauguró una «manera nueva de estar y tratar a los sacerdotes. Surge las corresponsabilidad de obispo con presbíteros, la acción compartida, el suponerlos adultos y con altos ideales, el no entender los pequeños "tiquismiquis", ni el caminar de

47 Manuel Díez de los Ríos, *Conversaciones...*, p. 226.

48 M. Díez de los Ríos, *Conversaciones sobre Ángel Herrrera, op. cit*, p. 226

49 Eguaras, *op. cit.* p. 173 y ss.

enanos»[50]. Buscó la formación homilética del sacerdote, pero también su formación social, literaria y cívica, sin olvidar «su contacto con la vida».

Puso mucho interés igualmente en la modernización de las parroquias y en que estas fueran realmente el centro y fuente de la vida cristiana:

> Todos los demás instrumentos han de ser auxiliares de la acción parroquial [...]. La Iglesia entera que se prepara para el gran Concilio Ecuménico estudiará, sin duda, el problema de la renovación de la vida parroquial, necesidad apremiante y universalmente sentida[51].

Pero su gran obra en el aspecto de la preparación del sacerdocio en su etapa como obispo de Málaga fue, como se ha dicho, la Escuela Social Sacerdotal. Comenzó a planificarla desde Santander, pero como siempre el elemento primordial de su planificación no radicaba únicamente en su diseño estructural, sino fundamentalmente en la persona responsable y en la selección de sus colaboradores y alumnos. En este caso, el gran instrumento para el desarrollo de la Escuela Social Sacerdotal de Málaga fue su primer director, Rafael González Moralejo, que posteriormente fue Obispo auxiliar de Valencia y finalmente Obispo de Huelva. La Escuela fue instalada inicialmente en el propio palacio episcopal y disponía de capilla, biblioteca, sala de clases y unas 15 habitaciones. En esta escuela, las materias centrales eran las relacionadas con la Doctrina Social de la Iglesia y con la predicación homilética. El profesorado fue seleccionado por el propio Ángel Herrera, que se encargaba de reunirlos de vez en cuando para exponer aspectos de ascética y de pastoral, así como de DSI. Este fue el embrión del posterior Instituto Social León XIII y de la Universidad católica de Ciencias Sociales que logró ver realizada al final de sus días. En esta Escuela se fundía el proyecto de la Casa del Consiliario, creada durante su etapa de seglar al frente de la Acción Católica en los años treinta y la Escuela Social Sacerdotal de Santander, en los cuarenta. No era, como puede verse, fruto de ninguna improvisación o de una feliz ocurrencia pasajera.

50 M. Díez de los Ríos, *Conversaciones...* p. 226.

51 Ángel Herrera, «Homilía en el Día del Seminario», 1962, archivo Eguaras.

Retrato del Obispo Ángel Herrera Oria
durante una de sus homilías en la Catedral (1960)

En su plan inicial estaba el consejo de Pío XI de crear una minoría sacerdotal formada en DSI a través del desarrollo de unos «estudios post-seminarísticos, para formar verdaderos apóstoles sociales»[52]. La formación en DSI se complementaba con estudios en Economía, Sociología y Derecho. La otra «pata» de la Escuela era como se ha dicho la formación teórica y preparación práctica en Homilética, así como en dirección espiritual, Ejercicios Espirituales y formación espiritual. Dos cursos duró la Escuela Social Sacerdotal en Málaga antes de que su crecimiento aconsejara su traslado a Madrid.

Pero puede verse cómo en la vida de Ángel Herrera, el eje vertical de unión con Dios y de predicación se unía constantemente con otro de los ejes transversales de su biografía: el de su compromiso activo en defensa de la justicia social, la caridad y la misericordia para con los más necesitados de su diócesis. Pues como se ha dicho de él, Ángel Herrera «fue un místico enamorado de la acción», al igual que su admirada y contemplativa Teresa de Ávila, cuando afirmaba: «Que no, hermanas, no; obras quiere el Señor».

52 Preámbulo del decreto de erección de una Escuela Social Sacerdotal en Málaga, 1948; citado por Eguaras.

> Obras y obras grandes, piden los días magníficos que vive el mundo [...]. No es la hora de los pusilánimes, como tampoco lo es de los retóricos, declamadores o sofistas. No está planteada la lucha moderna en los salones o en los cenáculos, sino en el ágora. No son días para planear, discutir o proyectar tranquilamente en torno a una mesa. Hay que lanzarse a actuar, con prudencia, mas con un espíritu audaz a lo divino. Hay que salir decididos a alta mar, aunque la mar esté alborotada y tempestuosa, y arrojar allí la red en nombre del Maestro[53] .

Por ello, una vez asentado en Málaga impulsó a su vez uno de sus grandes proyectos sociales en su etapa de obispo: la creación de 250 escuelas rurales –escuelas-capilla en realidad–, que contribuyeron a reducir casi a la mitad el elevado índice de analfabetismo existente en esta provincia. Tras obtener la financiación pública y privada necesaria, logró ponerlas en pie en cinco años. Con la ayuda de Emilio Benavent, uno de los ejecutores del proyecto, hizo una intensa selección de las maestras entre las escuelas de Magisterio de la provincia. Esta fue una gran obra social que mostraba su auténtico interés por salir al encuentro de lo que el papa Francisco llama *periferias existenciales*. Ciertamente, las escuelas se ubicaron en pueblos y en aldeas perdidas de la escarpada provincia malagueña, a las que había que llegar en caballo o en burro y muchas de ellas estaban desprovistas de luz eléctrica durante todo el día o parte de él –y eso que hablamos ya de mediados del siglo XX–. La distancia previa que había entre estas aldeas respecto de cualquier escuela o iglesia era un problema a veces insalvable para que los niños y fieles pudieran acceder a la escolarización o a los servicios religiosos.

Contaba personalmente al autor de este libro una de estas maestras, Silveria González, que como muchas de estas clases se impartían en turno de noche para facilitar el trabajo diurno, era un bellísimo e inolvidable espectáculo para ella observar cómo, en la noche rural de aquellos pueblos, se iba congregando en el campo circundante el reguero de farolillos iluminados que portaban los niños que acudían a la escuela, algunos de ellos por primera vez. Las escuelas-capilla prosiguieron su labor durante décadas e incluso se crearon algunas más de

53 Ángel Herrera, "Oración y apostolado" (12.06.1960), en Obras Completas, vol. I. BAC, Madrid. 2002.

las previstas inicialmente y gracias a ellas Málaga pasó de estar entre los últimos puestos de alfabetización del país, a estar entre los primeros. En la actualidad estas escuelas se integraron en el Patronato Santa María de la Victoria –hoy Fundación Victoria–, creado igualmente por Ángel Herrera para centralizar el apoyo de toda su obra educativa.

El obispo Herrera atendiendo a los necesitados de su diócesis

También, creó en 1948 las Escuelas de Catequistas Seglares o el proyecto *Instaurare* –después llamado Aurora –, que apenas pudo desarrollar. El mismo año creó el patronato benéfico de viviendas sociales de Santa María de la Victoria, dentro del cual llevó a cabo la creación de la barriada obrera de San José de Carranque, dotada de iglesia y de todos los servicios básicos para el bienestar de sus habitantes. Asimismo, impulsó en 1950 la cooperativa de viviendas San Vicente de Paúl. Otra loable iniciativa que, sin embargo, acabó fracasando fue la Asociación de Agricultores Pío XII, que tenía como objeto mejorar las condiciones de los humildes trabajadores del campo malagueño, a la vez que formar la conciencia social de los oligarcas y grandes latifundistas de la zona malagueña de Antequera. Según cuenta Mons. Benavent, el proyecto fue boicoteado por el gobernador civil y otros grandes propietarios rurales de Málaga y de la provincia

de Sevilla, quienes veían en ello un peligroso precedente para sus pingües beneficios. De nuevo, como en el suceso de Valderredible, topaba con los intereses creados de los ricos y poderosos, que además de obstaculizar el proyecto le acusaron por ello de «Obispo rojo», «menchevique blanco», y otras lindezas por el estilo. Buena señal es cuando le llega a alguien la difamación por parte de aquellos que ansían poder o riquezas.

En cuanto a su relación con el ambiente político que atravesaba España en aquellas décadas de autoritarismo ya se ha dicho que él aplicaba la doctrina pontificia, de raíz paulina y tomista, del acatamiento al poder constituido en aras del bien común. Pero no fue un acatamiento ciego, como tampoco lo fue cuando lo aplicó a la laicista II República. De acuerdo con su interpretación de la doctrina pontificia, no estuvo de acuerdo con el levantamiento militar pero una vez consolidado el régimen, lo acató en aras del bien común, aunque subrayando nuevamente la necesidad de combatir aquella legislación que fuese injusta o contraria a los principios sociales cristianos. Esto no solo lo defendió, ahora que los vientos soplaban teóricamente a favor de la Iglesia, sino que protagonizó un sonado enfrentamiento en 1955 con el Ministro de Información de Franco al criticar las leyes de la censura previa, lo cual ocasionó una carta del propio Ministro de Información, que fue a su vez contestada por el Obispo, subrayando éste los aspectos injustos de dicha ley y su incompatibilidad con la DSI[54]. No mucho tiempo después se realizó una nueva ley de prensa por un nuevo Ministro de Información, más en la línea de las ideas modernizadoras del Obispo, como reconoció tiempo después el propio Ministro sucesor[55].

Otro aspecto de la influencia positiva de Herrera en el contexto político de la época se produjo con la entrada en el ministerio de Exteriores de Alberto Martín Artajo en 1945, así como posteriormente con Fernando Castiella y Joaquín Ruíz-Giménez, todos ellos hombres formados por

54 Sus intervenciones se recogieron en Ángel Herrera, *Obras selectas*, BAC Madrid 1963.

55 La aperturista ley de prensa de 1966 fue elaborada por Manuel Fraga tomando como precedente el proyecto de ley de 1952 que tenía como referencia los Círculos de Estudio de la ACN de P sobre prensa –en los que Fraga participó– y otros escritos de Ángel Herrera. Asimismo, contó con la participación directa de Fernando Martín-Sánchez Juliá, hombre de Herrera y sucesor al frente de la ACdP. Sobre este tema, véase: Sánchez Garrido, P. «Raíces ideológicas del evolucionismo colaboracionista en la política exterior española. Del Ministerio de Asuntos Exteriores al origen del Instituto de Cultura Hispánica (1945-1957)», en J. C. Jiménez (ed.), *Centinelas de Occidente*, Dykinson, Madrid 2020, p. 115 y ss.

Ángel Herrera, cuya política se centró en la búsqueda constante de la evolución del Régimen hacia una mayor libertad política y participación cívica desde los principios socio-políticos de la DSI orientados al bien común y la justicia social[56].

También hay que decir que se mostró agradecido con las autoridades políticas, en este caso con el Jefe de Estado, cuando recibió ayudas públicas para poder emprender sus obras sociales, como ocurrió con las escuelas-capillas rurales para sus campesinos, en lo cual podría verse aquella sentencia evangélica de dar «A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César». Pero él nunca fue un hombre de enfrentamientos ideológicos o de partido, ni siquiera cuando de seglar los promovió directamente, y siempre combatió las divisiones que separaban a los españoles. Al acabar la Guerra Civil, apeló repetidamente a la necesidad de reconciliación y de clemencia para con los vencidos, mediando personalmente en repetidas ocasiones para conmutar penas de muerte.

No fue reaccionario, ni progresista, sino todo lo contrario. Afirmaba el enorme valor de la tradición –citando frecuentemente a Balmes o a Menéndez Pelayo– pero sin ideologizarla, como ciertos tradicionalistas, por ello cumplió desde joven el encargo pontificio de modernizar –en el mejor sentido de la palabra– el catolicismo de la sociedad de su tiempo. Buscó siempre la superación de los opuestos reduccionistas y confrontativos: uniendo lo bueno de la tradición con el espíritu progresivo, la superación del enfrentamiento entre la España revolucionaria y la España reaccionaria, en una «Tercera España» –concepto que defendió en varias ocasiones–, así como la necesidad de mirar hacia el futuro con esperanza y no hacia el pasado con nostalgia:

> Debemos, ante todo, mirar hacia el porvenir. La fuerza de la vida no está en la tradición, que es respetable y honrosa y fuente de la experiencia de la vida, sino en la esperanza[57].

56 Para un análisis del periodo evolucionista de Alberto Martín Artajo y su influencia herreriana, véase: Sánchez Garrido, P. «Raíces ideológicas del evolucionismo...», pp. 103-130.

57 Herrera, «Palabra», 1953.

Capítulo 8

Años finales: Cardenal en el Concilio, obispo emérito y *dies natalis*

Desde principios de los cincuenta su salud ya comenzaba a resentirse cada vez más; cuestión que le obligaría a disminuir la intensidad de su acción pastoral, e incluso a la designación de un Obispo Coadjutor de Málaga en la persona de Emilio Benavent, en el año 1951.

Hacia estos años padeció una larga convalecencia por una afección pulmonar de la que le rescató su amigo, el gran médico y humanista Gregorio Marañón. Los médicos recomendaban que permaneciera convaleciente más tiempo pero Marañón le trató personalmente en un viaje a Málaga y dictaminó su alta, para gran alegría del obispo. No obstante, su ritmo ya no podía ser el mismo, de hecho a partir de entonces daba las homilías sentado y tuvo que reducir la intensidad de su acción pastoral directa. Esto incrementó aún más su tiempo de oración y le permitió volcarse en el desarrollo de su último gran proyecto: el Instituto Social León XIII. Se trataba de un centro de formación para religiosos y para seglares que unía la formación de la Doctrina Social de la Iglesia, con las Ciencias Religiosas y las Ciencias Sociales, y que estaba provisto de residencia y colegios mayores para lograr esa comunidad de convivencia entre sus miembros. Era por tanto una nueva evolución de las escuelas sacerdotales-residencia de Madrid (Casa del Consiliario), Santander (Residencia de Maliaño) y Málaga. Poco antes de su fundación, a finales de 1950, hizo un viaje a Roma para pedir personalmente al Papa Pío XII su bendición al proyecto. De dicho viaje se trajo además de la bendición pontificia la constatación de que no existía nada igual en Lovaina, Roma u otros lugares del mundo, como atestiguó su compañero de viaje, González Moralejo. Pero en esta especie de fundación recopilatoria final, quiso reunir varias de sus fundaciones previas:

además de las escuelas sacerdotales, las instituciones de difusión de la DSI –como el ISO y el «Centro de Estudios Sociales», que también contribuyó a crear a finales de los 50–, los centros académicos y universitarios (CEU, Cursos de Verano), las residencias y colegios mayores, etc. Fue una de sus obras más queridas y consideró que su modelo era necesario llevarlo a otros lugares del mundo para crear una especie de federación de institutos sociales hispanoamericanos, por lo cual envió asiduamente a varios de los profesores del Instituto a otros lugares de nuestros países hermanos americanos. Él mismo emprendió un viaje pastoral por América en los años 1951-1952, visitando México –donde le recibió muy afectivamente el presidente de una República de orientación fuertemente laicista y donde se le permitió excepcionalmente el uso público del traje eclesiástico–, Cuba, Colombia, Venezuela, Panamá, Guatemala, para concluir en Estados Unidos, donde conoció a su alter ego americano, el famoso cardenal Gibbons.

Ángel Herrera en el Instituto Social León XIII

El citado Instituto, que aún sigue existiendo hoy día, también albergó otros de sus últimos proyectos: la *Escuela de Ciudadanía Cristiana*, en 1961 y la *Residencia Obrera Pío XI*, en 1963, ésta última como refundación del ISO. La Escuela de Ciudadanía Cristiana tenía como cometido formar durante seis años a un grupo escogido de seglares que se volcarían posteriormente en labores de acción

social y de promoción del bien común en la vida pública. Consistía la Escuela nuevamente en un modelo de residencia más formación. Se combinaba, en este caso, la residencia conjunta de dicho grupo en los colegios mayores del Instituto Social León XIII con un intenso programa formativo consistente en la obtención de diversas licenciaturas y diplomaturas universitarias en Economía, Ciencias Sociales y DSI y Periodismo, sin olvidar los idiomas extranjeros. Lo excesivamente exigente del proyecto unido a su cada vez más resentida salud contribuyeron a que este proyecto no consiguiera tener mucha vida. Tampoco la Residencia obrera tuvo mucho recorrido. Pero Ángel Herrera sabía muy bien que hasta los grandes religiosos, fundadores o reformadores de órdenes religiosas, como su admirada Teresa de Jesús, también saborearon importantes fracasos que contribuyeron a forjar su humildad y paciencia.

Lo que sí consiguió ver en sus años finales fue el reconocimiento del León XIII como Facultad de Ciencias Sociales y Políticas, aneja a la Universidad Pontificia de Salamanca. Todo ello, junto con la Escuela de Ciudadanía Cristiana, los colegios mayores (Pío XI y Pío XII), la Escuela de Periodismo de la Iglesia, etc., quedaron reunidos en la constitución de la Fundación Pablo VI, aún hoy existente y que ha sido parte coactora de su Causa de Canonización, junto con la Asociación Católica de Propagandistas y el Obispado de Málaga: tres de sus grandes amores institucionales.

Ángel Herrera en el Concilio Vaticano II

El obispo Ángel fue a Roma con motivo de la inauguración del Concilio, en octubre de 1962, pero no pudo asistir a ella, porque ya en Roma sufrió una afección pulmonar con fiebre alta que le obligó a guardar cama e incluso a ser hospitalizado de gravedad en el Hospital de los Hermanos de San Juan de Dios, en la Isla Tiberina. Allí le atendió el mismo médico de Juan XXIII, el Dr. Roqui, que indicó que incluso había llegado a sufrir un leve infarto de miocardio[58]. Esta situación le impidió lógicamente participar en las primeras sesiones del Concilio. Pero sí pudo participar, en cambio, en la segunda,

58 Eguaras, *op. cit.* p. 193.

tercera y, sobre todo, en la cuarta etapa conciliar, en la que, ya como cardenal, asistió con frecuencia diaria a las sesiones conciliares. Decía su secretario que la alegría del reconocimiento cardenalicio, o acaso también la gracia de estado, le habían confortado incluso en lo físico.

En el Concilio Vaticano II con Pablo II y episcopado español

La participación de Mons. Herrera no pudo ser muy intensa por los motivos de salud y edad, pero aún así fue reseñable. A continuación enumero algunas de sus principales colaboraciones en el mismo. En la preparación del Concilio, en el año 1961 fue invitado por Juan XXIII como miembro del secretariado de prensa (*Segretariato della Stampa e dello Spettacolo*). En general, participó con más asiduidad en las sesiones de comisión, no en las sesiones generales, pues los largos debates le fatigaban dado su estado de salud. Él prefería trabajar en sesiones concretas de trabajo donde los expertos intentasen dilucidar alguna cuestión específica encomendada por el Concilio. Concretamente, participó en la Comisión para el apostolado de los seglares, como era de esperar, así como posteriormente en la Comisión Postconciliar *De apostolatu laicorum*, desde 1966. Asimismo, en 1965 fue designado como miembro de la Comisión Pontificia para la revisión del Código de Derecho Canónico. Sus principales aportaciones de contenido fueron en la línea de la cuestión social: concretamente, hizo sugerencias al Concilio acerca de la

conveniencia de la formación de la conciencia social para superar la antítesis entre el capitalismo y el socialismo. En este mismo sentido, aludió a la necesidad de una gran reforma social de orden práctico, centrada en varios factores: los obreros, la empresa, los gobernantes y la Iglesia, como elementos clave en la formación de la conciencia social.

Como dato más anecdótico, cabe añadir que en la *Gaudium et spes* se recogió una recomendación expresa suya, concretamente la relativa al deber social de pagar los impuestos, que quedó como sigue: «No pocos, con diversos subterfugios y fraudes, no tienen reparo en soslayar los impuestos justos u otros deberes para con la sociedad» (GS, n. 30). En la Asamblea Conciliar de finales de 1964 tuvo una destacada participación que le valió una carta de felicitación del Conde de Barcelona don Juan de Borbón.

Alguna vez se ha afirmado que el Concilio le cogió tarde, pero no por los contenidos y espíritu, sino por su avanzada edad y por lo delicado de su salud. Como insinúa Mons. Romero de Lema: «si hubiese tenido veinte años menos...». O como más explícitamente añade Joaquín Ruiz Giménez: «Si Ángel hubiera sido más joven, él habría sido el gran lanzador de la nueva actuación de los cristianos en España, pero ya estaba al final de su vida y con la salud quebrantada»[59].

Ángel Herrera abrazando a Pablo VI en su creación como cardenal (1965)

59 Citas recogidas de García Escudero, *Conversaciones...*

Ciertamente, Ángel Herrera manifestó que hubiera deseado que el Concilio ahondara más en lo social, pero reconoció que los temas a tratar eran muchos, y en cualquier caso, se compenetró plenamente con el espíritu del Concilio y aplicó ejemplarmente su proverbial adhesión al Magisterio de la Iglesia en todas sus novedades. De hecho, cuando ciertos católicos miraron con recelo algunas ideas procedentes del Concilio, o más bien algunas malinterpretaciones del mismo, don Ángel comparó su actitud con la de aquellos buenos apóstoles que se hundían en el agua por su falta de confianza y exclamaban asustados: «¡Sálvanos, Señor, que perecemos!». A este gráfico símil, añadía:

> Las nuevas ideas sobre la libertad religiosa, el ecumenismo, la falsa interpretación del diálogo, tienen alarmados a hombres buenos. Para ellos va especialmente mi segunda palabra: *Confidite*. Confiad. No temáis. ¿Por qué dudáis, hombres de poca fe? El que empuña el timón no duerme. Sabe perfectamente por dónde conduce la embarcación. Él es Cristo en la tierra. Acompañadle con vuestras oraciones. Prestadle sin temor la plenitud de vuestra confianza[60].

Alegrías y tristezas: de Cardenal a obispo emérito

Los años finales de 1965 y 1966 fueron muy importante para Ángel Herrera, el primero significó una gran alegría mientras que el segundo una desolación, por expresarlo ignacianamente.

En 1965, tras participar en varias sesiones del Concilio Vaticano II, fue creado cardenal de la Iglesia. Veamos algunos momentos de este importante suceso.

El 21 de enero de 1965 monseñor Herrera recibió la visita de incógnito de Antonio Riberi, nuncio del papa Pablo VI para comunicarle personalmente la decisión y entregarle una carta personal del pontífice. En la carta Pablo VI le explicaba que la decisión era un modo de «honrar tus servicios a la Iglesia» a la vez que le manifestaba su «especial benevolencia». No era una mera fórmula de compromiso, el Papa demostró en repetidas ocasiones un especial cariño hacia el Obispo

60 Ángel Herrera, «Homilía» 31.I.1965, recogida por J. M. Eguaras, *op. cit.*

Herrera, pero también por parte de este hacia el Papa. Pertenecía quizá Ángel Herrera a unos paradigmas generacionales e intelectuales anteriores a los de Pablo VI, pero la conexión personal y pastoral fue muy intensa y se demostró en sus diversos encuentros y en los propios testimonios del prelado, defendiendo continuamente al Papa frente a aquellos sectores de la sociedad católica española que, pese a la buena voluntad, no terminaban de aceptar las novedades que planteaba el Concilio. Una vez más, el Herrera defensor del romano pontífice, aunque no fuera de «su generación», o de su «sensiblidad», como suele decirse ahora.

La noticia del nombramiento se hizo pública por parte de la Santa Sede el día de la Conversión de San Pablo, un 25 de enero de 1965 y el 22 de febrero se produjo el consistorio, en el que Pablo VI creó cardenal a Ángel Herrera, junto a otros 26 más. Al día siguiente un enviado pontificio, el príncipe Alejandro del Drago, hacía entrega solemne en el palacio episcopal de Málaga del billete de nombramiento y del solideo cardenalicio. El 1 de marzo se le impuso la birreta cardenalicia en el Palacio Oriente de Madrid por parte del Jefe de Estado, como era costumbre. En el discurso posterior recordó su dedicación a la Doctrina Social de la Iglesia: «Ministerio de toda mi vida ha sido el divulgar de palabra y por escrito el pensamiento pontificio acerca del nuevo orden social», afirmó. Pero también la divulgó y aplicó de obra, debería añadirse.

En aquel discurso ante las más altas autoridades del país no olvidó, por supuesto, a sus campesinos malagueños: «¡Y cómo olvidar en estos momentos a mis queridos hijos de Málaga, en cierto modo los más queridos de todos; a los pobres campesinos que viven dispersados por las cortijadas de aquella santa tierra [...]».

El júbilo del pueblo de Málaga en el recibimiento de su cardenal fue apoteósico. De entrada, el Ayuntamiento le había nombrado Hijo Adoptivo de Málaga unos días antes. Pero desde el mismo aeropuerto hasta la recepción oficial en la plaza del Obispo había millares de personas apostadas en ambos lados de las calles y que le recibían con vítores y aplausos. Al llegar a la Alameda principal, un arco triunfal franqueaba la amplia avenida, con el lema:

«Málaga a su Cardenal» y las calles principales del trayecto fueron engalanadas para la ocasión. El nuevo cardenal, visiblemente emocionado, pronunció unas palabras de sentido agradecimiento hacia su pueblo malagueño. Según recoge una crónica del evento: «De acontecimiento histórico en la vida local quedará siempre recogido el singular recibimiento tributado al Pastor de la Diócesis por el pueblo de Málaga».

Un momento de la consagración como cardenal de Herrera por parte del Papa Pablo VI (1965)

El siguiente capítulo de su nombramiento como Cardenal fue en el propio Vaticano, cuando el papa Pablo VI con la solemne ceremonia de entrega del anillo y título cardenalicios, el 26 de marzo. Después de concederle el título presbiterial de la iglesia del Inmaculado Corazón de María, el Santo Padre pidió al nuevo cardenal la promesa de fidelidad y obediencia, imponiéndole el anillo cardenalicio y dándole un abrazo. El Santo Padre pronunció a continuación un discurso en castellano, en el que entre otras cosas afirmó que el nombramiento cardenalicio:

> Es un premio a tantos méritos contraídos en el campo del ministerio, de la cultura eclesiástica, en las organizaciones apostólicas, en las variadas instituciones de las que con vuestro celo e inteligencia –es la historia la que empieza a dar testimonio de ello– habéis sido ideador, promotor eficaz y valeroso sostenedor. Mucho habéis hecho por la Iglesia y por las almas[61].

61 Pablo VI, Discurso de su Santidad con motivo de la creación como cardenal de Herrera Oria, 1968.

Después de la alegría de su creación como cardenal, un año después ocurrió un hecho que le sumió en desolación. En agosto de 1966 presentó su prescriptiva dimisión episcopal por haber rebasado la edad de setenta y cinco años, edad que el Pablo VI fijó para la renuncia episcopal en su «motu proprio» *Ecclesiae sanctae*. Muy poco tiempo después recibió carta de Su Santidad Pablo VI aceptando cariñosamente su renuncia. Quizá no se esperaba que la nueva normativa se aplicase tan férrea y rápidamente, pero el caso es que cayó nuevamente convaleciente. Según nos dice el P. Eguaras:

> «Le costó reponerse cuatro o cinco días». Otro de sus secretarios, el seglar Antonio Ocaña, nos muestra una faceta muy humana del Siervo de Dios ante este sufrimiento: «Recibió la decisión de Roma con obediencia y sumisión al Papa, pero yo admiraba la lucha que estaba librando en su interior. Recuerdo que me dijo: ya no sirvo para nada. El mismo Papa así lo ha reconocido [...] y lloraba amargamente[62].

Ángel Herrera Oria, Cardenal en su despacho episcopal

62 En García Escudero, *Conversaciones,* p. 405.

La causa de esta especial desolación se debió a que él tenía una profunda visión esponsal hacia su diócesis, según me expuso uno de sus colaboradores más cercanos en el León XIII, el P. Echamendi. Estaba «enamorado» de su diócesis, como varios apuntan. Este fue el motivo de que pidiera ser enterrado en ella. Muy clara en este sentido es la alocución que dio a los malagueños pocos días después: «ceso jurídicamente de ser de Málaga y de estar en Málaga. [...] Mi espíritu y mi corazón quedarán en Málaga. Como espero que algún día reposen mi restos mortales en Málaga, bajo las bóvedas de la catedral»[63]. No está mal para alguien a quien acusaron algunos de frialdad emocional.

Su muerte o *dies natalis*

El último año de su vida, previo a su fallecimiento, lo pasó convaleciente en cama, sin apenas poder levantarse de su modesta habitación del Instituto Social León XIII de Madrid, lugar que visitaban como en peregrinación numerosos amigos sacerdotes, religiosos y seglares, que le habían seguido en varias de sus «aventuras» católicas de seglar, o en sus iniciativas como sacerdote y obispo. No es fácil imaginar lo duro que tuvo que ser esta convalecencia final especialmente para alguien con su carácter activo. En los comienzos de esta su convalecencia final seguía trazando planes y proyectos, «lleno aún de ilusiones», según le recuerda el catedrático y discípulo Sánchez Agesta, e incluso mantenía reuniones de trabajo postrado en la cama y repasaba el inglés para un viaje que tenía planeando. Pero esa energía vital tan característica de él le iba abandonando progresivamente. Algunos meses después, tuvo la alegría de ver terminado el último edificio del Instituto Social León XIII, pero el arquitecto tuvo que cogerle en brazos para que lo pudiese ver por la ventana de su habitación: «estaba emocionadísimo». Según nos narra su fiel secretario sobre estos meses, el P. Eguaras:

63 Alocución, en *Ya*, 18.IX.1966.

> Al principio entraba con mucha facilidad a verlo. Me daba mucho gusto entrar. Pero poco a poco, D. Ángel iba perdiendo fuerzas; el médico le iba asistiendo más y rogó que no estuviera nadie con él habitualmente sino que se quedaran en la antesala. [...] Pero, también al final, llegó un momento en que D. Ángel entró en coma, durante bastante tiempo. Los veinte o veinticinco días últimos, ya fue acabándose y no se podía hablar con él en absoluto. Pero como yo me levantaba muy temprano, (estaban allí los vigilantes, vigilando a D. Ángel), bajaba de mi habitación a la puerta de entrada, pasaba a la habitación de D. Ángel, me acercaba a su cama, lo contemplaba, le daba un beso y me marchaba[64].

El 28 de julio de 1968 fallecía tras su larga convalecencia el Siervo de Dios Ángel Herrera Oria. Su *dies natalis* coincidía con el vigésimo octavo aniversario de su ordenación sacerdotal. El informe médico indicaba como causa del fallecimiento una encefalopatía hipertensa arterioseclerosa.

Tras la capilla ardiente, instalada en el Instituto Social León XIII, fue trasladado a Málaga. El entierro del que también fuera Obispo de Málaga desde 1947 se celebró un 31 de julio de 1968 en dicha capital andaluza. Fue un funeral multitudinario con una masiva muestra de condolencia popular, según nos relata *La Vanguardia*: «El aspecto de la catedral era impresionante. Hasta tal punto, que no era posible dar un paso» (1.VIII.1968, p. 6). Si se celebró en la capital malagueña fue por su expresa voluntad, como se ha indicado. Amó a su diócesis «con fe de enamorado», según afirmó Mons. Benavent en su funeral, antes de proceder a darle sepultura en una capilla de la propia Catedral. Como dijo de él uno de sus discípulos más amados, el brillante catedrático José Mª Sánchez de Muniáin: «Del Herrera sacerdote y obispo poco puedo ya decir, sino que fue espejo de pastores. Pastor abnegado. Pastor diligente. Pastor piadoso. Pastor eficaz. Pastor pobre. Pastor enamorado de su diócesis hasta casi la chifladura»[65].

64 Eguaras, "Ángel Herrera, hombre de Dios", 2006, p. 166.

65 Sánchez de Muniaín, Boletín Asociación Católica Nacional de Propagandistas, 1968.

Funeral del cardenal Ángel Herrera en la catedral de Málaga

Por ello, Málaga fue una ciudad que supo corresponder a este amor, como cuando toda ella se «paralizaba» para poder escuchar estas homilías del Obispo. Un pueblo que supo agradecer sus esfuerzos para promover barriadas dignas para las clases obreras; o por acudir a las inaccesibles aldeas de la sierra malagueña para fundar aquellas escuelas rurales. También denunció las injusticias de diversos terratenientes, ganándose por ello entre determinadas clases acomodadas el título, peyorativamente esgrimido, de «Obispo rojo», que también le dispensó la prensa internacional, como *Time*, *Le Monde* o *Litera Stampa*. Esta misma ciudad en la que el obispo Herrera Oria se había volcado en cuerpo y alma, aunando las virtudes de la justicia social y de la caridad con las de la propagación de una fe encarnada humanamente, quiso darle ese adiós especial que los pueblos solamente tributan a los que reconocen como a un auténtico «hombre de Dios». Pero, más allá de esta ciudad, o mejor dicho, por entre medio de ella, latía ese «pueblo de Dios» que es quien mejor reconoce la santidad que Dios infunde en determinados hombres de heroica virtud y total entrega a Cristo y al prójimo.

Inhumación del cardenal Ángel Herrera en la catedral de Málaga, capilla de San Carlos

Como afirmó monseñor Benavent poco después del fallecimiento en carta a monseñor Benelli, de la Secretaría de Estado de la Santa Sede: «el pueblo, y nosotros que fuimos sus más íntimos colaboradores, le teníamos como un santo» (8.VIII.1968). José Mª Eguaras, su fiel secretario personal desde Santander también afirmaba en este sentido: «don Ángel Herrera fue un santo y se dio plenamente a Málaga»[66]. Igualmente, el testimonio de Alfonso Osorio. Son innumerables los testimonios en este mismo sentido.

La causa de beatificación del Siervo de Dios Ángel Herrera Oria, seglar, obispo y cardenal, fue abierta el 25 de enero de 1996 y ya se encuentra en Roma, pendiente del estudio de varios posibles milagros debidos a su intercesión.

66 En Elías de Mateo (coord.), *La vida y obra del Cardenal Herrera Oria*, Ayto. de Málaga, 2006, p. 166).

Qué es la Asociación Católica de Propagandistas

La ACdP es una asociación católica con más de cien años de historia formada por seglares dedicados a evangelizar en todos los ámbitos de la vida pública, adoptando actitudes en favor de la verdad y la justicia, para lograr el bien común de toda la sociedad desde los principios del Humanismo cristiano y de acuerdo a la Doctrina Social de la Iglesia.

Inicios y creación

La Asociación Católica de Propagandistas (ACdP) tiene su origen en un grupo de congregantes marianos de los Luises de Madrid. Se reunieron por primera vez el día 15 de noviembre de 1908 convocados por el padre Ángel Ayala y Alarcó S.J. a petición de monseñor Vico, nuncio de Su Santidad en España. El deseo que había manifestado el nuncio al padre Ayala era la fundación de la Juventud Católica Española. El nombre original fue el de Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas y el criterio de selección de los jóvenes fue el de su talento, sus dotes oratorias y su espiritualidad. Se pretendía despertar al adormecido catolicismo español de principios del siglo xx.

En un primer momento, la actitud de estos jóvenes quedó resumida en la frase del padre Ayala: «vamos a ver lo que Dios quiere de nosotros». El método también estaba claro: llevar a cabo encuentros multitudinarios a lo largo de la geografía española con el fin de difundir el pensamiento social cristiano. Para ello eran necesarios jóvenes de espíritu fuerte, dotados de aptitudes y dispuestos a recorrerse toda la geografía española, como era el caso del siervo de Dios Ángel Herrera Oria, un joven doctor en Derecho y abogado del Estado, que participó en esos mítines y que fue designado primer presidente de la Asociación.

Un año después, se celebra el primer acto de imposición de insignias a los socios fundadores de manos del propio nuncio Vico. Un acto que se convierte en un hito en la vida de todo propagandista, al tratarse

del momento en el que se materializa el compromiso asociativo. Tuvo lugar el 3 de diciembre de 1909, festividad de San Francisco Javier, en la parroquia madrileña de la Inmaculada y San Pedro Claver. En ese primer acto de imposición de insignias participaron José Manuel y Luis de Aristizábal, Manuel de Bofarull, Luis Castell, José Palanco, Santiago Cavengt, Jaime Chicharro, Juan Colomer Beneito, José Fernández Henestrosa, Manuel Gómez-Roldán, Ángel Herrera Oria, José María Lamamié de Clairac, Andrés Montalvo, Ventura Prieto, Gerardo de Requejo, Rafael Rotllán, José María Sauras Navarro y Mateo Villa.

El papel de los propagandistas en el siglo XX

El primer presidente de la Asociación fue Ángel Herrera Oria. Bajo su impulso, la Asociación lograría movilizar a los católicos a través de mítines y el uso de la prensa, con la refundación, en 1911, del diario *El Debate*. Para esta nueva etapa del periódico, dirigido durante más de dos décadas por el propio Herrera, se funda la Editorial Católica, de notable importancia en el mundo de la comunicación en los años venideros. Años más tarde se fundaría la prestigiosa Escuela de Periodismo de *El Debate*, la primera escuela de periodismo española. Y en 1935 se lanza el hermano pequeño de *El Debate*, el diario *YA*.

Un frente muy importante desde sus orígenes fue el social, con la contribución decisiva de la ACdP en la creación de la Confederación Nacional Católico Agraria, en 1919. Décadas más tarde la ACdP jugaría un importante papel en la fundación de Cáritas Española, aportando sus primeros presidentes y el diseño inicial.

Durante la II República se intensificó la actividad política de los propagandistas que ya con anterioridad habían participado en la creación del Partido Social Popular (1919), anticipo de la democracia cristiana española. La Asociación no era política, ni mucho menos partidista, pero sus miembros podían participar en política, según sus aptitudes y las exigencias de las circunstancias. En el año 1931, la ACdP participa en la creación de Acción Nacional, que luego pasó a llamarse Acción Popular y cuyo principal líder fue el propagandista salmantino José María Gil-Robles.

Las Cortes constituyentes de 1931 contaron con cinco propagandistas diputados, Ricardo Cortes en las listas de Acción Nacional, José María Gil-Robles y José María Lamamié de Clairac por el Bloque Agrario, el nacionalista vasco José Antonio Aguirre (que sería el primer lehendakari del gobierno vasco en 1936) y el tradicionalista Marcelino Oreja Elósegui por la Minoría Vasco-navarra. Fueron ministros Federico Salmón, José María Gil Robles, Luis Lucia y Manuel Giménez Fernández.

En 1933, Ángel Herrera es designado presidente de la Junta Central de Acción Católica. Ese mismo año, la Asociación crea el Centro de Estudios Universitarios (CEU), origen de la Universidad CEU San Pablo (Madrid), Universidad CEU Cardenal Herrera (Valencia) y Universitat Abat Oliba CEU (Barcelona). Otras obras educativas del momento fueron el Instituto Social Obrero (ISO), una escuela social obrera donde se formaron muchos de los directivos que luego intervinieron en el CESO (Confederación Española de Sindicatos Obreros), y antes en la FET (Federación Española de Trabajadores). Ese mismo año se inician los Cursos de Verano de Santander en el Colegio Cántabro, que después se fusionarán con los de La Magdalena en la creación de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP), también con colaboración de la ACdP.

En 1935 Ángel Herrera, tras veintiséis años como presidente de la ACdP, dejó el cargo, siendo elegido como sustituto Fernando Martín-Sánchez Juliá. En mayo de 1936, poco antes de la sublevación militar que dio origen a la Guerra Civil, Ángel Herrera se trasladó a la Universidad de Friburgo (Suiza) para cursar los estudios necesarios para su ordenación sacerdotal.

La contienda civil española supuso para la ACdP un importante quebranto, tanto material como de vidas humanas. EDICA y sus periódicos fueron incautados y los archivos de la Asociación, destruidos para evitar que sus miembros fueran perseguidos. Más de ochenta propagandistas mueren en el conflicto, bastantes de ellos martirizados por sus creencias religiosas, entre los cuales se cuenta el propio secretario general de la Asociación, del CEU y de la Escuela de Periodismo de *El Debate*, el beato Luis Campos Górriz; el consiliario local el Centro de Toledo, el beato Ricardo Plá Espí; el beato Alfonso Sebastiá

Viñals, muy ligado a la ACdP de Toledo y el beato Miguel Vilatimó, consiliario de Tarragona. En esta lista hay que introducir al beato Luis Belda, del Centro de Almería. Asimismo, hay varios miembros de la ACdP cuya causa de martirio está abierta o en estudio, como la de los siguientes propagandistas: Federico Salmón, primer rector del CEU, Isidro Almazán, los hermanos Félix y Manuel Llanos y Pastor, Agustín Minguijón, Pedro Perales, Alfonso Sánchez Trallero, Francisco Martínez García, o el propagandista obrero José Castaño Capel, entre otros. Entre los consiliarios, están en fase romana las Causas de Antonio Gutiérrez Criado y la de Manuel Casimiro Morgado. Además de estas Causas de martirio, la ACdP está promoviendo las causas de virtud del Siervo de Dios Ángel Herrera Oria (en fase romana), Siervo de Dios Fernando Martín-Sánchez Juliá, y el Siervo de Dios José Mª Haro Salvador. Hay otros propagandistas cuya Causa de virtud fue iniciada por sus respectivas diócesis: el Venerable Manuel Aparici, Antonio Rivera Ramírez, Juan José Barcia Goyanes, o Manuel Casesnoves Soler. Y se estudia la Causa del fundador Ángel Ayala y Alarcó, S.J.

Concluida la guerra civil, en 1940, Ángel Herrera Oria es ordenado sacerdote y destinado como coadjutor a la parroquia de Santa Lucía en Santander, donde había sido bautizado. En 1943 la ACdP contribuye a la fundación de la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC) que tantos frutos ha dado a la formación del pensamiento social cristiano en España.

En 1947 Ángel Herrera Oria fue consagrado obispo por el Papa Pío XII y el 12 de octubre de ese año tomó posesión de su sede episcopal de Málaga. Corre el año 1951. La ACdP funda el Colegio Mayor Universitario de San Pablo de Madrid, con objeto de «formar universitarios selectos con capacidad de dirección y alto sentido del bien común». En 1962, el siervo de Dios se ayuda de los propagandistas para poner en marcha el Instituto Social León XIII, el Colegio Mayor Pío XII y la Escuela de Ciudadanía Cristiana, en la actualidad agrupados en la Fundación Pablo VI, última Obra de don Ángel, que en 1965 sería proclamado Cardenal.

En 1973 se creó el Grupo Tácito, cuyas reuniones se desarrollaron en el Colegio Mayor Universitario de San Pablo. Grupo que desempeñó un papel relevante en la Transición. Este colectivo aglutinó a excelentes propagandistas críticos con el régimen de Franco, muchos

de los cuales terminarían por formar parte de los gobiernos de la democracia. La presencia de propagandistas fue importante en la fundación de Alianza Popular y, de manera especial, en la creación de la Unión de Centro Democrático (UCD), que ganó las elecciones de 1977. Muchos de sus miembros ocuparon cargos destacados en los gobiernos de Adolfo Suárez: Marcelino Oreja, José Manuel Otero Novas, Landelino Lavilla en Justicia, Alfonso Osorio e Íñigo Cavero. También Fernando Álvarez de Miranda, que presidió el Congreso de los Diputados entre 1977 y 1979. Más adelante, jugaron un papel reseñable en la política española los propagandistas militantes del Partido Popular (PP) Jaime Mayor Oreja y Eugenio Nasarre.

En 1983 se conmemoró el 75º aniversario de la ACdP y con tal motivo el Papa Juan Pablo II ofreció saludo a los miembros de la Asociación convocados en una Audiencia General. En octubre de 1988 se puso en marcha el plan de formación para jóvenes Programa Esperanza 2000. Asimismo, se iniciaron el Programa S.R.S., para divulgar el Magisterio Social de la Iglesia; el Programa FIO, para orientar al cristiano en su compromiso político y el Programa Universitas para promover cultura y ciencia desde la fe.

La Asociación Católica de Propagandistas en el siglo XXI

La ACdP cuenta con más de 500 socios en toda España distribuidos en los veintiún Centros. La Asociación cuenta con Centros ubicados en doce comunidades autónomas y en veintiuna localidades: Alicante, Asturias, Barcelona, Bilbao, Cáceres, Cádiz, Castellón, Córdoba, Jerez de la Frontera, Madrid, Málaga, Murcia, Pamplona, San Sebastián, Santander, Santiago de Compostela, Sevilla, Talavera de la Reina, Toledo, Valencia, Valladolid y Zaragoza.

La vida espiritual es uno de los pilares fundamentales de la ACdP, ya que de su práctica deriva el apostolado en la vida pública. Por eso los propagandistas desarrollan una actividad apostólica y mantienen su vida espiritual mediante la oración diaria, la frecuencia de sacramentos, y a la «asistencia a los actos comunitarios, que no son más

que una Eucaristía mensual, un Retiro trimestral y unos Ejercicios Espirituales anuales». Cada año, los centros de la Asociación organizan tales actos comunitarios a nivel local, o bien se unen a los Ejercicios Espirituales y retiros que se organizan a nivel nacional.

Las actividades de la Asociación se articulan desde los diferentes Secretariados Nacionales centrados, cada uno, en ámbitos diferenciados.

Hoy la finalidad de la ACdP se despliega a través de las numerosas obras, fundaciones e iniciativas en ámbitos diversos de la vida pública.

Destacan las obras educativas, que desde 1933, tanto las creadas como las adquiridas por la Asociación. La Fundación Universitaria San Pablo CEU de la que dependen: la Universidad CEU San Pablo (Madrid), y la Universidad CEU Cardenal Herrera (Valencia). Así como los colegios: Colegio CEU Claudio Coello (Madrid), Colegio CEU San Pablo (Valencia), Colegio CEU Virgen Niña (Vitoria), Colegio CEU San Pablo (Murcia), Colegio CEU Jesús María (Alicante), y la Escuela Universitaria CEU de Magisterio (Vigo). El Barcelona la Asociación también creó la Fundación Privada Abat Oliba, a la que pertenecen el Colegio Loreto Abat Oliba y el Colegio Cardenal Spínola Abat Oliba; en Sevilla la Fundación San Pablo Andalucía CEU que posee el Colegio CEU San Pablo (Sevilla), el Centro de Estudios Profesionales CEU, y el Centro de Estudios Universitarios Cardenal Spínola CEU; la Fundación San Pablo Sanchinarro que tiene el Colegio CEU Sanchinarro (Madrid); la Fundación San Pablo Castilla y León CEU que tiene la Escuela de Negocios CEU (Valladolid) y la Fundación Universitaria Abat Oliba CEU que tiene la Universidad Abat Oliba CEU en Barcelona.

Uno de los objetivos de estas obras educativas es dar respuesta a los cambios impuestos por la tecnología y por una sociedad cada vez más globalizada. Por este motivo, desde el año 2012 se han llevado a cabo diferentes remodelaciones en las sedes ya existentes para mejorar las instalaciones en los campus de Moncloa (Madrid), Bormujos (Sevilla) y el Colegio Mayor Universitario de San Pablo (Madrid), entre otros. También se han creado nuevos edificios como el Hospital Clínico Veterinario y la Facultad de Ciencias de la Salud en Alfara (Valencia).

El Colegio Mayor Universitario de San Pablo, fundado hace más de 60 años, en 1951. Es uno de los diez colegios mayores más antiguos de España. Su fundador, segundo presidente de la ACdP, fue el ingeniero agrónomo, periodista y profesor universitario Fernando Martín-Sánchez Juliá. La finalidad del San Pablo es proporcionar a sus colegiales una íntegra formación cultural, humana y cristiana durante la etapa universitaria, en un ambiente de estudio y convivencia, orientado al liderazgo social y a la defensa y promoción del hombre.

En el ámbito cultural, la ACdP cuenta con obras como la Fundación Cultural Ángel Herrera Oria, que tiene como fin la promoción y difusión de la cultura en sus diferentes expresiones, desde una perspectiva cristiana de la persona y de acuerdo con los principios de la Doctrina Social de la Iglesia. Esta fundación recoge y da voz, a muchas de esas manifestaciones del espíritu humano que configuran la cultura de cada tiempo. Para ello, se realizan un gran número de actividades como la presentación de novelas, ensayos y biografías, la realización de pases privados previos al estreno de películas, coloquios y charlas sobre arte y la fe, recitales de poesía y exposiciones de pintura escultura. También se celebran cada año las Jornadas Ciencia y Fe, y varias conferencias sobre Evangelio, Fe y Cultura.

La Fundación San Pablo de Ayuda al Estudio que favorece el estudio de los jóvenes en situación económica insuficiente, a fin de que puedan seguir las enseñanzas necesarias para su formación humana.

Una importante iniciativa en los albores del siglo XXI fue la creación del Congreso Católicos y Vida Pública que, desde 1999, se celebra anualmente y que con el paso del tiempo se ha convertido en un referente del catolicismo en España. Han sido muchas las personalidades que han pasado, año tras año, por el Congreso para tratar diferentes temas relacionados con la familia, la educación, la religión, la política... El congreso cuenta también, con un Congreso Juvenil para los más jóvenes (de 13 a 18 años) y con un Congreso Infantil. Desde el 2006, al Congreso Católicos y Vida Pública se sumaron las Jornadas Católicos y Vida Pública que, de forma itinerante, recorren la geografía española cumpliendo con el fin asociativo de promover el bien común y los principios del humanismo cristiano en todos los ámbitos.

El Debate de Hoy

El Debate de Hoy es la última obra creada por la ACdP. Es un medio online heredero de *El Debate*, uno de los grandes diarios españoles que mantuvo notable actividad y logró considerable influencia bajo la dirección de Ángel Herrera Oria, en el primer tercio del siglo XX, hasta que fue interrumpida su publicación en 1936 al ser incautado por decisión del Gobierno republicano y extinguida definitivamente en 1939 al no ser autorizada su reaparición por el Gobierno nacional.

El Debate de Hoy (www.eldebatedehoy.es) se define como «Revista de análisis, reflexión y valores» y pone su atención en todos los aspectos de la actualidad desde los planteamientos del humanismo cristiano, perspectiva que ha presidido siempre la acción y el carisma de la ya centenaria ACdP. Un proyecto periodístico de calidad que pretende ocupar el hueco que merece y necesita el humanismo cristiano en la prensa de hoy en día.

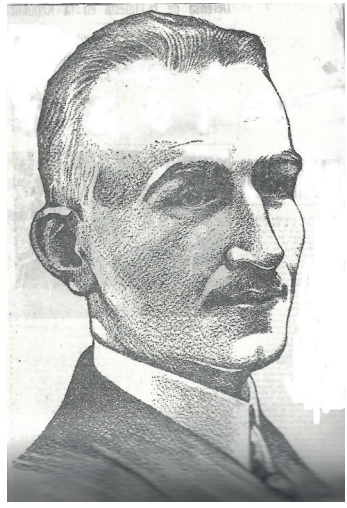
En ese contexto, con afán de entender la realidad y mostrando el máximo respeto al otro, abre sus páginas a opiniones diversas y a comentarios espontáneos de los lectores. Para esta nueva versión de *El Debate*, se mantiene la excelencia informativa, y los principios de la Doctrina Social de la Iglesia que estuvieron muy presentes en *El Debate* de Ángel Herrera Oria, y que siguen siendo nuestra piedra angular pero adaptados al formato digital, uno de los más consumidos en nuestra sociedad.

Apéndice gráfico

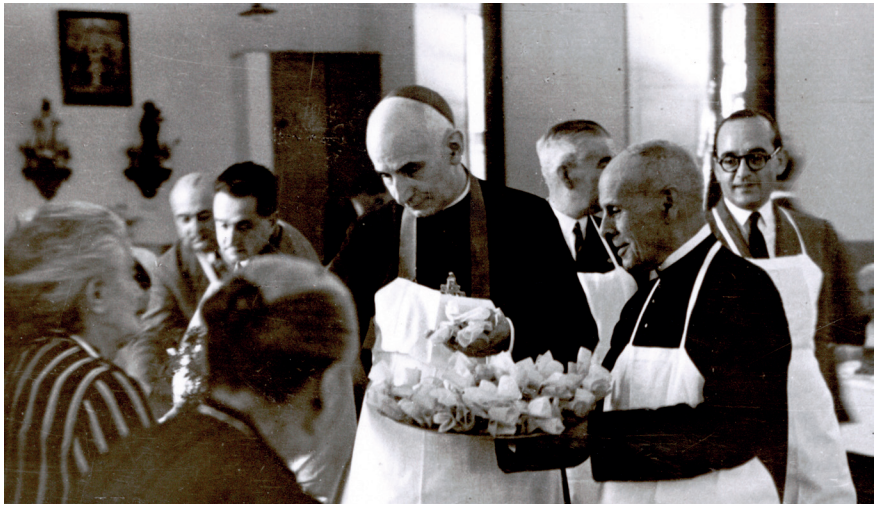
Retrato de Antonio Oria Oria, bisabuelo materno de Ángel Herrera. Se transcribe a continuación la leyenda inserta en el cuadro. «D. Antonio Oria y Oria nació en junio de 1783. Se recibió de cirujano en 1808 y casó con Dª Antonia Ruiz y Oria en 1810. Tuvieron 22 hijos. Enviudó en 1858, cantó misa el 25 de abril de 1862 a la que asistieron 9 hijos lejítimos (sic) que hoy existen, 7 políticos y 16 nietos. Murió el 25 de febrero de 1872»

Albertinum (1922)

Caricatura de Ángel Herrera
de A. Martín Lanuza



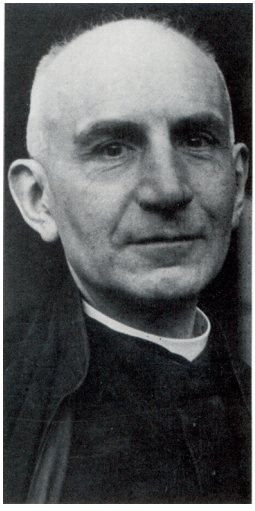
Retrato a lápiz de Ángel Herrera Oria (1936),
especial *El Debate*



Ángel Herrera repartiendo comida en el asilo de las Hermanitas de los Pobres, Málaga

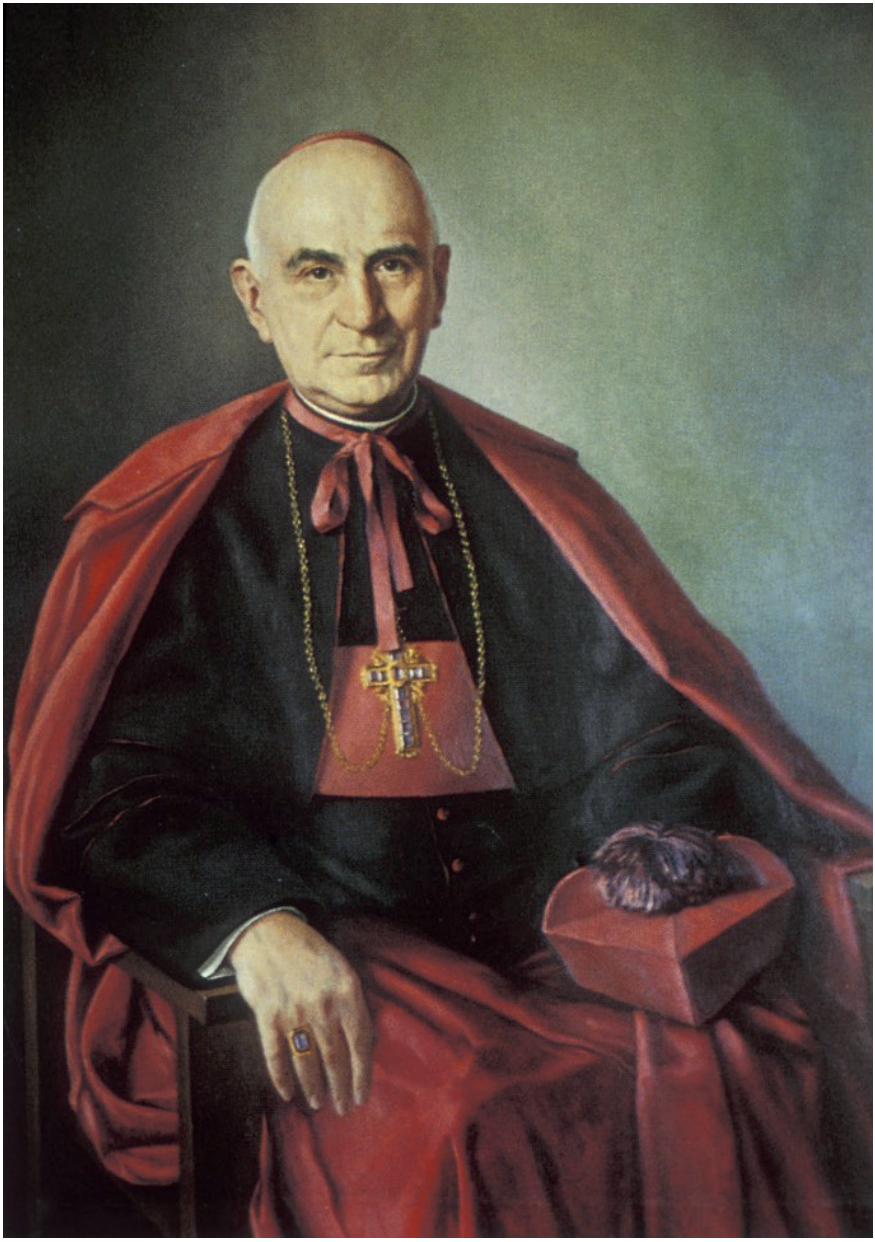
Ángel Herrera repartiendo comida en el asilo de las Hermanitas de los Pobres, Málaga

Ángel Herrera dando comida a necesitados de su diócesis



Ángel Herrera Oria, sacerdote

El cardenal Herrera Oria



Retrato del cardenal Ángel Herrera Oria

SIERVO DE DIOS ÁNGEL HERRERA ORIA

ORACIÓN

Señor Dios, Padre nuestro, que concediste a tu siervo Ángel Herrera Oria una riqueza interior extraordinaria. Concédenos imitar el amor de Dios y el amor que tu siervo Ángel practicó en su vida. Que nos comprometamos en la vida apostólica y en la evangelización de la vida pública para que se haga patente la fuerza del Evangelio entre los hombres. Te rogamos nos concedas por su intercesión la gracia que te pedimos... Y que nos ayudes a buscar tu voluntad divina en todos los momentos de nuestra vida. Te lo pedimos por Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR ESTE VOLUMEN DE,
ÁNGEL HERRERA, APÓSTOL DE LA VIDA PÚBLICA
DE CEU EDICIONES,
EL DÍA 3 DE MAYO DE 2019,
FESTIVIDAD DE SAN FELIPE Y SANTIAGO, APÓSTOLES,
EN LOS TALLERES DE GRÁFICAS VERGARA, S. A.

TAL DÍA COMO HOY, EN EL AÑO 1947,
ÁNGEL HERRERA ORIA
FUE NOMBRADO OBISPO DE MÁLAGA

LAUS DEO VIRGINIQUE MATRI